

BORGES HABLA EL SILENCIO

**EXPERIMENTOS FICCIONALES
DE ESCRITORES DEL PABELLÓN 4**

Antología realizada por Alberto Sarlo



EDITORIAL "CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS"

PABELLÓN N° 4 UNIDAD DE MÁXIMA

SEGURIDAD N° 23 DE FLORENCIO VARELA

www.cuenterosyverseros.com.ar

cuenteros, verseros y poetas facebook

LIBRO DE DISTRIBUCION GRATUITA

Diseño de tapa: Carlos Mena

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Para Marina, Juana y Lara.

Por su fuerza, por su coraje y por su amor incondicional

ENNEGRECER A BORGES

¿Querían rock? Acá tienen rock. Borges en el pabellón 4 de la unidad 23 de máxima seguridad de Florencio Varela es rock pulenta pulenta. En nuestro anterior libro nos dimos el lujo de despachar al hilo a cuatro tanques Panzer del pensamiento alemán como lo son Kant, Hegel, Marx y Heidegger. Ahora en esta nueva publicación vamos a enfrentar al mejor escritor argentino libra por libra.

Borges tiene fama de inaccesible, de rebuscado, de barroco, de ser un escritor críptico. Nosotros damos por tierra con esa fama y demostramos que, proviniendo de una analfabetización funcional muy cercana, se lo puede leer, comprender, debatir e ilustrar. Otro mito cae rendido ante la fuerza y la potencia de los escritores del Pabellón 4. Con la misma energía con la que Borges se paró frente a la Historia y bastón en mano le dijo con tonada maleva que venía a cerrar la brecha entre Sarmiento y Hernández, nosotros nos paramos frente a la sociedad y le decimos, lapicera en mano, que venimos a recuperar a un genial escritor que escribió de marginales y de marginados. A la Historia no le gustó mucho eso de que un escritor criollo que inventó escribir “a lo criollo”, pretendiera proscribir un deporte tan sudaca como es el combate civilización versus barbarie, pero reconoció al menos que todavía tiene la obligación de seguir rindiéndole culto porque Borges nos sigue enseñando a leer y a escribir. Y nosotros tenemos la obligación de leer mucho si es que queremos escribir algo. Por eso leemos a Borges en el pabellón 4.

Borges despreciaba las vanguardias y detestaba la consideración de originalidad. Desde ese lugar creó algo nuevo, algo que comenzó desde la poesía y el ensayo y que encontró su máxima expresión creativa en una nueva idea de ficción, ficción plagada de citas internas, símbolos y metáforas. Y mucho humor. Borges tenía un sentido del humor paródico y exquisito que migra de texto en texto. Borges, pese a no calzarse el traje de narrador vanguardista fue consciente del poder de fuego de su talento y no andaba con chiquitas a la hora de pensarse como escritor. Asumió su condición de descendiente de soldados del desierto por el lado materno y sucesor de intelectuales ingleses, por el lado paterno. No sin cierto desdén aristocrático, Borges sentía que por sus venas fluía sangre oscura de arrabal (previo a la inmigración española e italiana), y sangre azul de la biblioteca anglosajona. Supo articular la discordia de dos linajes bien definidos: cuentos de memoria épica y cuchillera junto a cuentos de erudición europea o asiática. De esas mixturas, pulsión y razón, es que deconstruyó la literatura fantástica del siglo XIX para crear algo nuevo, único y perdurable como lo fue la “ficción especulativa”, definición de Ricardo Piglia para tratar de explicar el nacimiento de una nueva ficción no empírica, de la instauración de una escritura netamente conceptual. Así fue como Borges creó y dio nacimiento a la literatura argentina (que Sarmiento, Hernández, Lugones y Echeverría vayan haciendo cola para pegarme).

Dentro del espacio de esa ficción especulativa es que trabajamos este libro. Y fuimos ambiciosos para seleccionar el material de lectura. Si bien al pabellón 4 llevé de mi biblioteca hogareña la obra completa de Borges, traté de que mis compañeros de pabellón se focalizaran en el período de oro borgeano, más precisamente los veinte años que transcurren desde 1933 a 1953. En esas décadas Borges se dio cuenta que el ensayo le quedaba chico, que la novela lo aburría y que el relato microscópico y detallista de sus cuentos fantásticos eran la mejor manera de acercarse a la perfección. El Borges posterior al 53 es el Borges ciego, el Borges que perdió la facultad de leer. Este segundo

Borges se reinventa en uno de los mejores conferencistas de su época. Sigue siendo un muy buen escritor, pero dejó de ser lo que era. La ceguera le quitó el aura a Borges y eso es fácil de advertir para un lector un poco entrenado.

Si bien en nuestras clases analizamos el contexto histórico del autor, su primer contacto con el yrigoyenismo y su posterior salto a posturas alejadas del pensamiento popular que lo llevaron a defender regímenes indefendibles – materia de debate que excede a este libro –, hay algo forzoso que destaco en las charlas que doy en el Pabellón: Pese a la admiración que sentía por autores ingleses que habitaban en las orillas del canon y por el deleite que pregonaba por la mitología y literatura islandesa, Borges no era un escritor eurocéntrico. Afirmaba que el mejor libro escrito eran “Las mil y una noches”. Sentía una fascinación especial por la cultura arábiga y solía ser muy cáustico con las grandes figuras de la novela rusa, inglesa, alemana o francesa. Por tal motivo en el pabellón 4 leímos a Borges luego de leer a Frantz Fanon, a Fanon con el irreprochable prólogo de Jean Paul Sartre. Consideré que no se puede leer a Borges sin conocer previamente el libro “Los condenados de la tierra”. Borges y Fanon nos dan herramientas vitales para entender la realidad que nos toca vivir. Si hacemos literatura situada, si filosofamos situacionalmente, sería torpe no saber quienes somos y donde estamos. Y nosotros estamos en Sudamérica, en Argentina, en Florencio Varela, en una unidad de máxima seguridad. Para la centralidad europea este lugar es la puerta de ingreso al oje-te del mundo, un mundo exótico, inmaduro y oscuro. Oscuro como culo de topo negro, diría el Indio. Ese es el lugar donde nos colocan, donde nos piensan. Desde este lugar nosotros generamos resistencia y pensamiento. Desde este lugar combatimos a la centralidad cuidándonos muy bien de no caer en ninguna vertiente del nacionalismo. Porque el pensamiento colono no está situado sólo en Europa. En nuestras tierras los formadores de opinión adoran pensarse como hijos bastardos de la metrópoli. Nosotros no estamos de acuerdo con el desprecio colonialista de la “inteligentzia”. Damos pelea al lugar de

colonia donde nos quieren encasillar. Desde esa postura combativa leemos a Borges, junto con Aira, Fuentes, Piglia, Arlt, Walsh, Mariátegui, Martí, Onetti, Bolaño, Rulfo, Machado y demás talentos de la escuadra latinoamericana. Sin Marx, sin Sartre, sin Derridá, pero fundamentalmente sin Fanon, no se me hubiera hecho fácil avanzar en el pensamiento filosófico - literario contemporáneo. Pretender responder sin filtro a las valoraciones culturales dominantes de la centralidad sería acceder a un encanto impostado. Desde ese mismo pensamiento crítico es que estudiamos a los filósofos de la centralidad. Desde ese sector anatómico del topo negro interactuamos con Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Nietzsche, Freud y demás etcéteras. Con admiración pero con la certeza de saber cómo nos consideraban y como nos consideran en la actualidad. En esa línea también hacemos hincapié en las lecturas de la antropóloga Rita Segato y de Anibal Quijano quienes son contundentes en una frase que compartimos: El eurocentrismo es racista. Somos interpretados como colonia y repetimos gestualidades coloniales porque no paramos a pensarnos. Ningún lector de filosofía o literatura que analice este planteo con honestidad crítica puede rebatir esta realidad intelectual y vivencial. Su prensa es eurocéntrica, su machismo es eurocéntrico, su feminismo es eurcéntrico y su visión compasiva de Latinoamérica es eurocéntrica. Tuve la posibilidad de viajar mucho por mi país y por el mundo. Tuve el privilegio de conocer todas las provincias de Argentina y ciudades de varios continentes. De mis viajes al extranjero me traje muy gratos recuerdos y experiencias, lo que no quita que, con mayor o menor rigor cada vez que pisé suelo europeo se me hizo sentir Fanon, experiencia que jamás tuve visitando países asiáticos o africanos. Tal como expresa lúcidamente Rita Segato, Europa te puede recibir con todo el fulgor de su cultura y arquitectura, podrá brindarte candor, podrá enseñarte hermosos paisajes y manjares, pero siempre nos hace sentar en la mesa reservada a los Fanon del mundo. Europa es experta en colocarnos en esa otredad, porque para ellos seguimos siendo Fanon. Y muchos americanos copian ese modelo embelesados por agradar

a quien nos degrada. El eurocentrismo del colono es el resultado de siglos de hacernos sentir Fanon. Y sentirse otro, sentirse distinto, sentirse marginal, sentirse mujer, sentirse despreciado, sentirse negro, sentirse puta, sentirse mierda, sentirse Fanon, es algo que los pibes del 4 conocen desde el primer día de sus vidas.

Por eso mi primer paso al fundar la Editorial en un pabellón de “población” fue armar una biblioteca. Lo primero que hice fue pedirle a los pibes que construyan con cuatro tablas algo podridas unos estantes. Lo hicieron de inmediato y a la otra semana doné de mi casa más de quinientos libros. Con el tiempo duplicué o tripliqué esa cantidad. La bautizamos biblioteca “Rodolfo Walsh”. La base de nuestro conocimiento pasa por esa biblioteca, eso también lo aprendimos de Borges. Porque el mejor Borges es el Borges que nunca salió de Buenos Aires. Entre 1923 y 1961 Borges no viajó al extranjero. La base de su mejor literatura partió de los libros que devoraba en su casa y los miles que leyó en soledad y silencio en distintas bibliotecas porteñas. Lector de varios libros a la vez, lector que no empezaba por el principio ni terminaba por el final, lector que anotaba y subrayaba cuanta página leía, lector voraz, caótico y sublime. El universo borgeano es un universo nacido y criado en la biblioteca. Del 61 hasta su muerte viajó y viajó mucho, pero como dijimos, la ceguera le arrebató la lectura y la lectura es el sustento de Cuenteros, verseros y poetas.

Al igual que Borges los escritores del pabellón 4 no viajaron al extranjero, al igual que Borges no salieron de nuestro ámbito espacial que no es la ciudad de Buenos Aires, sino un mugriento depósito de carne humana. A diferencia de Borges nuestro ámbito creativo está ubicado en un baño de dos por tres llamado celda. Nosotros nos resistimos a que se tome como natural vivir por décadas en baños nauseabundos. Nosotros practicamos y pensamos la resistencia contra la tortura. Pensar una resistencia implica no sólo generar praxis y relatos que rompan las del poder, sino también las de esas resistencias que el propio poder genera para su funcionalidad. He conocido en profundidad más de quince cárceles provinciales. Luego de más de una dé-

cada metido en esos centros de hacinamiento puedo dar un resumido bosquejo teórico y práctico de la esencia de los mismos. El proceso de deshumanizar efectuado por la provincia de Buenos Aires consta de tres instancias. La primera es quitarle personería jurídica al preso torturándolo y metiéndolo en celdas diminutas donde se defeca en el mismo lugar donde se lavan los platos, donde la comida está podrida por los constantes cortes de luz, donde las cloacas se taponan con cada lluvia y por ende se debe caminar esquivando excrementos humanos, en donde no existen los remedios, en donde el preso es condenado a sufrir insultos y agresiones de compañero y guardiacárceles, donde lo más factible es contagiarse HIV e infinidad de enfermedades evitables que el Estado no evita. En ese ámbito todo lo que el preso pueda conseguir para sobrevivir se rige por cómo se adecúa a la coacción del Servicio Penitenciario, coacción que implica intercambio de dinero o favores sexuales, principal ingreso monetario de muchos funcionarios penitenciarios y judiciales vinculados al mundo carcelario. La segunda instancia es quitarle la personería moral, hecho que ocurre naturalmente con el paso del tiempo en un ámbito físico como lo es un centro de tortura. La tercera y última etapa es quitarle la individualidad, en donde el preso se transforma en muerto o en hacedor de muertos. Esos tres momentos no los inventé yo, los aprendí al leer a Hannah Arendt en un libro que recomiendo a todos: “Los orígenes del totalitarismo”. Arendt establece los tres períodos de todo estado totalitario para erradicar una minoría. Los marginales son una minoría y son una minoría que la pasa mal, muy mal. Siguiendo a Arendt puedo afirmar sin lugar a dudas que desde hace décadas se vive en un estado totalitario en países como Argentina, Brasil, México, Estados Unidos de Norteamérica, Rusia y la cuenta sigue. Explico el caso Argentino trasladable a muchos otros: Para menos de dos terceras partes de la sociedad se vive en una república democrática, inmadura y con problemas institucionales, pero república democrática al fin de cuentas. Para un poco más del tercio de la sociedad, comúnmente catalogados antropológicamente como negros, o negros de mierda (escoja

el lector la terminología que prefiera para describir a más de catorce millones de personas), se vive sin Estado. Y afirmo esto porque el negro no es ciudadano, por ende no tiene derechos constitucionales, lo que conlleva que no haya garantía legal por defender para quien no las tiene. Esa es la crisis que describe Hannah Arendt y que actualmente se sufre desde los organismos de derechos humanos. El sistema de derecho existe sólo para los ciudadanos. Las defensas y garantías liberales no fueron pensadas para seres humanos, fueron constituídas para ciudadanos. En Argentina tenemos millones de personas categorizadas como no ciudadanos y contra ellos se ejerce la violencia en infinidad de modalidades. Porque el dispositivo totalitario del Estado nacional y provincial no se ejerce sólo contra el preso. El totalitarismo y la tortura se ensaña mucho más con la familia y el barrio del preso, que con el preso. Y dentro de la familia del preso a quien más se castiga es a la mujer, a la madre y a la hija del preso. Porque el hombre marginal es minoría sin derechos ni garantías constitucional, pero la mujer (marginal o no), muchas veces es muchísimo menos que eso. Si siguen con dudas los invito a la cárcel un día de visita. Argentina es totalitaria desde hace décadas y los primeros en ocultar el totalitarismo somos los privilegiados del sistema, los profesionales, los exitosos, los ciudadanos, o sea, los blancos del sistema. Los ciudadanos son parte del mundo de los blancos. Los ciudadanos son adoradores de la religión "Meritocracia". Los ciudadanos tienen un mesías. El mesías de los blancos es el "emprendedor". El blanco utiliza cualquier neologismo que se le cruce para mantener los privilegios que le otorga la categoría de ciudadano. Esos neologismos son parte de su cultura. Su cultura conforma su sentido común, sentido común que afirma sin vergüenza alguna que somos una república democrática con respeto a las instituciones, pero que por razones de seguridad margina a más de un tercio de su población a una situación de no ciudadanía. A eso llamamos democracia.

Es bueno recordar los nombres de los muertos. Porque nosotros también tenemos nuestros muertos y nuestros muertos son y serán

recordados en cada libro que saquemos a la calle. Nuestros muertos, para el pensamiento colonial que rige nuestra época, eran negros que habitaban en el oscuro mundo del culo de un topo negro. Esos negros eran pibes que peleaban a la contra con muchos aciertos y con muchos errores. Aciertos y errores que no merecían un final sangriento y prematuro como el que sufrieron. Nuestros muertos eran negros que yo quería y que me querían. Nuestros muertos tenían voz pero ahora no tienen voz. Y no tienen voz porque murieron sin haber sido escuchados. Nuestros muertos sin voz que el Estado abandonó son Florencio, Rubén “el viejo” Arroyo, Matías Castro, Santiago Funes, Jonatan Insaurralde, Miguel Nuñez, “Sapito” Romero, Gabriel “Toto” Rodríguez y Demián Galván. Borges también es para ellos, porque Borges habla por ellos. Porque como negro que soy, tengo la obligación de ennegrecer a Borges y darle la voz de los negros. Porque si no ennegrecemos su figura se seguirá repitiendo la insoportable pelotudez de que Borges es inaccesible para los negros. De que los negros no merecemos ser escuchados y que por eso nos merecemos carecer de derechos constitucionales. Por eso Borges habla desde el pabellón 4. Borges habla el silencio. El silencio de los negros.

Bienvenidos a mi mundo que es tu mundo y es nuestro mundo. Los negros de mierda del pabellón 4 con nuestro mundo creamos a cuenteros, verseros y poetas ¿Vos qué estás creando con el tuyo?

Alberto Sarlo, La Plata, noviembre de 2017.



NUESTRO EQUIPO FURTIVO, CONTRABAN- DISTA Y PANGLOSSIANO

Mis colaboradores más cercanos son Francisco Bus Soto y Jorge Rivas coordinadores generales y multifunción de la editorial. Los correctores gráficos son Marcelo Occhiuzzo, Alesys Perez y Marcos Uthurburu. Los entrenadores de boxeo son Brian Calla y Angel Araujo. Los encargados de música son Mario Colman y Ricardo Lazarte. Los responsables de dibujo y murales son Francisco Bus Soto, Alesys Perez y Sergio Moreno. El encargado de las clases de alfabetización es Nicolás Almeida. Todos son parte de la comunidad de cincuenta y seis escritores que se encuentran presos dentro del Pabellón de Población 4 de la Unidad de Máxima Seguridad N^a 23 de Florencio Varela. Por fuera del pabellón trabajamos tres personas: Rocío Raiberti (responsable de prensa y difusión), Carlos Mena (colaborador de literatura, plástica, filosofía, música, boxeo y dibujante de todas las obras que preceden los cuentos de este libro) y yo. Todos nosotros somos Cuenteros, verseros y poetas.

Desde hace un año colaboran con nuestro proyecto los jueces de ejecución penal Roberto Alfredo Conti (clases de violencia de género) y José Nicolás Villafañe (clases de introducción a la ejecución penal). Desde hace unos meses y gracias a la gestión de Conti, también se sumó a nuestro espacio el juez de garantías Jorge López. No tenemos palabras para agradecer el apoyo que nos dan y el tiempo que nos dedican. Gracias de corazón.

Carlos Mena hace toda la tarea descripta en el párrafo anterior y además visita con periodicidad distintos Institutos de Menores, contándole su historia de vida a los pibes, mezclada con anécdotas de Foucault, Aristòteles y Nietzsche. También, junto a otros compañeros de otras unidades participó activamente en el nacimiento de tres sucursales de nuestra Editorial. La primera fue gestada en forma exclusiva por Carlos en la Unidad 54 de Florencio Varela en donde ha logrado que presos jóvenes-adultos se involucren con pasión y arte en el universo de la filosofía y el boxeo. También ha servido de nexo en la fundación de la sucursal que poseemos en la Unidad 38 de Sierra Chica en donde el ex alumno y ex coordinador de la Editorial Fabián Miculán lleva adelante un proyecto de similares características al nuestro. Por último Carlos tuvo mucho que ver en la creación de la sucursal que poseemos en la Unidad 9 de La Plata, en donde esta vez otro ex alumno y ex coordinador de la Editorial Guillermo Quiroga hace lo propio en el pabellón 18. Un enorme orgullo saber que hemos atravesado los muros de la Unidad 23 de Florencio Varela y que presos que pasaron por el pabellón 4 tienen la fuerza y energía para encarar actividades que fomentan el pensamiento crítico. Gracias a su coraje y tenacidad, Carlos ha alcanzado vuelo propio. Al día de hoy su figura docente ha crecido siendo que nuestro pabellón le ha quedado chico. Ha sabido independizarse creando un entorno creativo nuevo. Si bien sigue colaborando aportando su experiencia en nuestras clases, es bueno dejar constancia que la responsabilidad de lo que ocurre en el pabellón 4 no le es oponible ya que la directriz de este proyecto responde exclusivamente a mi tutela, por ende soy el único responsable por cualquier crítica, planteo legal o interpelación de lo hecho dentro del pabellón 4.

La noticia también es que desde hace ocho meses Carlos trabaja con un contrato estatal de renovación semestral en su carácter de operador social de educador en contexto de encierro. Ya se le ha renovado dicho contrato por otros seis meses y espero que se lo sigan renovando hasta que algún día las autoridades valoren sus logros, sus

horas dedicadas a los más sufridos y que por tal motivo lo pasen a planta permanente. Pese a que la legislación provincial ampara y marca como obligatoria este tipo de contrataciones que tienen por finalidad la reinserción de ex penados, la de Carlos ha sido la primera contratación en la historia de la provincia de un preso como representante del ministerio de justicia en territorio carcelario propiamente dicho. Recordemos que Carlos que posee 37 años, pasó 17 preso. Las leyes 14.301 y 14.806 establecen que Carlos sea contratado como planta permanente, pero por razones que desconozco sólo le otorgaron un contrato semestral. Para la contratación de Carlos me involucré personalmente. Fue un proceso arduo y trabajoso que me desgastó más de lo esperado. Pese a contar con la ley de mi lado, la situación de desgaste llegó a un punto de imposible avance por la negativa de segundas y terceras líneas ministeriales. Finalmente la contratación se destrabó gracias a la intervención personal del ministro de justicia de la provincia de Buenos Aires Gustavo Ferrari. Es bueno reconocer cuando las autoridades hacen las cosas bien y es de buena gente hacer dicho agradecimiento en forma pública.

También es de buena gente hacer públicas algunas otras cosas.

Según las pautas del Servicio Penitenciario el pabellón 4 de la Unidad de Máxima Seguridad 23 de Florencio Varela tiene capacidad para 28 internos. En ese pabellón habitan cincuenta y seis presos, treinta de ellos no poseen camas. Este no es un problema de ahora, esta situación la venimos viviendo desde que ingresé al pabellón en el 2010. No hay que quejarse mucho. Los restantes pabellones de la Unidad están en peores condiciones, diría Pangloss, personaje creado por Voltaire para justificar lo injustificable.

Si bien el Pabellón 4 posee un régimen de patio amplio, sigue categorizado por el Servicio Penitenciario como Pabellón de “Población”. Como ya se ha explicado en otras publicaciones “Población” es el peor estrato en la escala de valores de los distintos pabellones. Los pabellones de población son pabellones que se autogobiernan. Las

autoridades provinciales sólo ingresan a los pabellones de población con fusiles para abrir o cerrar celdas y para requisar violentamente. Lo que pasa dentro de los pabellones de población depende del grupo (rancho) de presos dominante. Los que deciden la vida y la muerte en esos pabellones no son autoridades provinciales sino los propios presos por medio de combates con facas. Los líderes (limpieza) de los ranchos vencedores establecen los premios y castigos de la comunidad poblacional. Es por eso que cuando un juez de ejecución o un fiscal lee en los informes penitenciarios que un preso está detenido en “población” automáticamente se lo categoriza como un preso peligroso y haragán que no quiere progresar. Poco o ningún beneficio judicial se le otorga al preso de población. En el pabellón de población 4 no tenemos “limpieza”, tenemos “coordinadores” y “correctores de edición”. En el pabellón de población 4 no hay facas ni pastillas, la comida se comparte, los cumpleaños los festejamos entre todos y las discusiones se resuelven con argumentos y consensos. Los cincuenta y seis presos del pabellón de población o escriben poesía, o narran cuentos o estudian filosofía, o practican boxeo o hacen música o pintan murales. Los pibes del pabellón 4 son artistas que no reciben ningún beneficio judicial por su arte. Lo hacen porque están convencidos de que el arte y el deporte les hace bien. Pese a que merecerían dicho reconocimiento, no he logrado convencer a las autoridades para que lo plasmen por escrito en las comisiones evaluadoras. Las comisiones que son las que informan a los jueces de ejecución sobre la conducta del preso no hacen la mínima mención a toda la tarea que hacen los escritores del pabellón 4. En la práctica penitenciaria nada de su trabajo existe. De hecho ni siquiera he logrado en estos casi ocho años que reglamenten mi proyecto. Proyecto cuya axioma primordial es que el Estado no gaste un solo centavo en mí. Siempre rechacé cualquier reconocimiento económico del Ministerio o del Servicio porque necesito libertad para trabajar. Si yo aceptara dinero, aunque sea para gastos, estaría creando un vínculo que prefiero no tener. Mis horas de clase son gratuitas. El viaje de La Plata a Florencio Varela lo pago yo.

Mis libros se regalan. Los costos de todo el material los asumo personalmente. También asumí siempre los costos, premios y gastos de los Concursos Nacionales Carcelarios pese a lo cual el área de cultura de servicio penitenciario prohibió estos concursos. En definitiva lo único que pido es que alguien establezca que mi proyecto de Editorial en el Pabellón 4 exista en los papeles, de lo contrario cualquier funcionario del ministerio de justicia o director de unidad que se levante mal dormido tiene el poder y facultad de negar mi ingreso al pabellón por siempre. No tengo normativa alguna que defienda mi ingreso porque formalmente para el servicio penitenciario ninguno de los siete mil libros que hemos publicado, existen. Es muy kafkiano lo que cuento pero es real. No hay que quejarse mucho, los restantes pabellones de población están en peores condiciones diría Pangloss.

Durante más de un año leímos cientos de cuentos y poemas de Jorge Luis Borges. Los analizamos, los discutimos y los releímos. Cada uno de los autores seleccionó uno, dos o tres, para tomar como base y a partir de ello experimentó ficcionalmente. Si bien elegí los doce mejores relatos, han quedado afuera más de treinta por no haber superado la calidad que nuestra Editorial exige. Nosotros publicamos a escritores, no a presos que escriben. Nosotros reafirmamos ser escritores y para ser escritor hay que valorar las horas de lectura, el sacrificio del análisis y la excelencia de la narrativa por igual. Cerramos la selección de sólo doce obras porque sufrimos un ataque que no permitió el ingreso de más cuentos. ¿Qué fue lo que pasó? Pasó el Poder.

Este libro estaba listo para salir a la calle a mediados de Agosto. Ese proyecto de libro contaba con más de veinte cuentos. Pero el libro que ustedes están leyendo salió a principios de noviembre y sólo tiene once cuentos experimentales ¿Por qué? Porque a principios de agosto el pabellón 4 recibió la no muy amable visita de una requisita enviada por la dirección general de seguridad del servicio penitenciario. En plena madrugada ingresaron a los gritos, golpearon violentamente a varios compañeros, rompieron camas, televisores, libros, computadoras y tajearon casi todos los colchones. Pero no encontraron ni celu-

lares, ni drogas ni armas blancas, algo inédito para ellos que estaban desesperados por exponer ante la prensa material tumbero en época electoral para justificar su accionar (cosa que efectivamente hicieron a los pocos días con lo supuestamente encontrado en otras unidades carcelarias). Enojados por el resultado negativo de la operación, los miembros de la requisita robaron los nueve pendrive que yo había donado para la Editorial. Estamos un poco acostumbrados a estas cosas. Nos vienen pegando abajo desde hace un tiempo. Los moretones se curaron solos, los televisores los di por perdidos, las camas las arreglamos, los colchones “ignífugos” se volvieron a coser y rellenar con estopa, cartón y material muy poco “ignífugo”, las computadoras las repuse de mi peculio al igual que los libros, pero lo que se me hacía imposible era recuperar los pendrive robados con el material grabado. Como abogado que soy defino al hecho como “robo” porque técnicamente dicho accionar está tipificado en el código penal como robo. Fundo lo expuesto en que en las actas no dejaron nota de que los pendrive fueran requisados. Al robarnos los pendrive nos robaron nuestro arte. Como sabía que la orden no correspondía a las autoridades de la cárcel, me quejé borgeamente para que la empinada burocracia verticalista pueda oír la voz de un petiso como yo. La primera respuesta telefónica que dieron desde jefatura del servicio penitenciario fue que ya habían hablado con los miembros de la ley y el orden amigos de la cultura ajena y que a la brevedad iban a devolver los pendrive previo análisis detallado del contenido de dichos diminutos equipos extraíbles. Pensé que el tema estaba resuelto ya que el único contenido de los nueve pendrive eran las últimas y finales correcciones con mis comentarios al igual que las consideraciones de los cuentos rechazados. Pero 24 horas después de ese llamado telefónico las autoridades advirtieron que en las actas de requisita no figuraban los famosos pendrive. Como los mismos no constaban como requisados, si eran devueltos implícitamente estaban reconociendo que habían sustraído ilegalmente objetos de nuestra propiedad con material artístico. La segunda y definitiva respuesta fue que los nueve pendrive nunca exis-

tieron. Todo de palabra. Las contradicciones telefónicas eran algo que no iba a poder probar, por ende algo que nunca existió (como mis pendrives que nunca existieron, como nuestros cuentos borgeanos que se afantasmaron). Esta segunda vuelta mis quejas ante las autoridades no fueron muy borgeanas que digamos.

Pero el servicio no se conformó sólo con robarnos. Mi queja, de tono elevado, gesticulación mediterránea y léxico acabronado no sólo no sirvió para recuperar lo robado sino que dio pie para un nuevo ataque. Me prohibieron que ingrese con pendrives a la Unidad. Yo expliqué que desde hacía ocho años que entraban y salían pendrives con cuentos y trabajos literarios ya que de lo contrario sería imposible subir miles de cuentos y poesías a la web como hacemos. Esgrimí que trabajo en un pabellón con cuatro computadoras que periódicamente se descomponen por los nidos de cucarachas, en donde se turnan para escribir más de cinco decenas de artistas que no tienen acceso a internet, siendo que con muchos de ellos hago trabajo diferenciado porque poseen problemas de comprensión de texto. Bajo esas condiciones, la única manera de progresar como editorial es dejándoles en su poder pendrives que yo llevo para los distintos grupos literarios (grupos que van desde escritores destacadísimos hasta pibes que no saben ni leer ni escribir). Los pendrives son esenciales para compartimentar los distintos niveles literarios y filosóficos y aunarlos todos en un espíritu cooperativista como el nuestro. De lo contrario yo debería llevarme cientos de hojas impresas, dividir las por grupos y reescribirlas en mi casa. O lo que es peor, al mejor estilo Fahrenheit 451, debería memorizar en Florencio Varela los miles de cuentos y poesías que se hacen para luego de memoria corregirlos en La Plata ¡Eso quiere decir que Ray Bradbury fue menos vanguardista que las destacadísimas autoridades del servicio penitenciario!! Mi comentario no hizo cambiar la respuesta. Si no puedo trabajar con pendrives, la Editorial no tiene sentido de ser, argumenté con convicción. La respuesta negativa se mantuvo ¿Puede ser alguien tan obtuso como para pensar que la seguridad provincial o nacional se vería agredida porque lleve y traiga

nueve pendrives en un Pabellón único en el país en donde se trabaja alfabetización, filosofía y literatura? ¿Alguna mente brillante del servicio penitenciario cree que dentro de esos pendrive llevo los planos de un submarino nuclear con el que planeamos invadir Mongolia? La respuesta negativa me la dieron luego de que chequearon en wikipedia que Mongolia no tiene salida al mar.

Salí de esa reunión, me fui al Pabellón 4, reuní a todos los compañeros, pedí que hicieran silencio y les dije a los cincuenta y seis escritores que el servicio penitenciario no sólo no reconocía en sus comisiones evaluadoras la existencia de todo el trabajo que hacen en la Editorial, sino que además de ello prohibía el uso de pendrives dentro del pabellón. El mensaje del servicio era claro. La única opción era clausurar el proyecto. Hice una pausa, los miré a los ojos y les dije que somos el único pabellón de población del país que posee en su cocina una biblioteca con miles de libros. Que somos el único pabellón del país que posee muralistas que con su arte pintaron en las celdas las grandes figuras del pensamiento filosófico. Que somos el único pabellón de población del país que con cuatro computadoras roñosas subimos a la web miles de cuentos y que regalamos más de siete mil libros de formato tradicional a comedores del conurbano y entidades culturales. Les pregunté porque me seguían dando bola siendo que era tan poco el beneficio que les daba. No permití que nadie contestara. Yo mismo respondí:

“Ustedes siguen dándome pelota porque son el pabellón de población más pelotudo de la galaxia. El sistema les está pidiendo a gritos que no escriban más, que no hagan más murales, que no alfabeticen más. El sistema les está pidiendo desesperadamente que no lean, porque si leen piensan. Y si piensan desarticulan a un servicio penitenciario que sólo sabe reprimir. El poder no lo tengo yo, el poder lo tiene el servicio penitenciario y el poder del servicio penitenciario implica violencia. Ellos quieren que respondamos con violencia. Yo no voy a entrar en ese juego, pero tampoco puedo obligarlos a sacrificarse por ideales de un burguesito que no pone su sangre. A esta altura me estoy

quedando sin fuerzas ni argumentos. No puedo ser tan hipócrita, el proyecto ya no depende de mí. Si yo estuviese preso mandarí todo a la recalada concha de la reputísima madre. A partir de este momento dejo en sus manos la decisión de seguir con mi proyecto o de darnos un abrazo y despedirnos. Si deciden continuar les adelanto que tendrán más problemas de los que hemos soportado. Hablen, debatan, puteen y decidan”. Los chicos hablaron, debatieron, no putearon y decidieron. Los cincuenta y seis votaron por seguir. La voz fue unánime. Les dije que esta vez no se conformarían sólo con complicar mi ingreso o rayarme el auto como vienen haciendo. Esta vez van a venir en serio. En serio vamos a seguir con vos, contestaron. Insistí que en el combate mi posición era de privilegio, ya que ellos eran los que recibían los palos en el infierno carcelario de los hombres negros, mientras yo vivía en el paraíso hogareño de los hombres blancos. Es estúpido aclararlo, me dijeron. Nos abrazamos. Corrijo, me abrazaron.

Calentamos la pava, tomamos unos mates y transmití el plan de acción. Por enésima vez me jaquearon y esperaban mi renuncia. Pero no les iba a dar el gusto. Les dije a los muchachos que a partir de ese día tendría que llevarme hojas impresas para reescribirlas en Word en mi estudio jurídico. Cada tanto ingresaría con algún pendrive de contrabando y grabaría los cuentos que pudiera. Lamentablemente tendrían que publicar menos escritores, pero al menos publicaríamos algo. Se atrasarían las clases de alfabetización y de comprensión de texto pero al menos las mantendríamos. No responderíamos a ninguna de las provocaciones y hostigamientos que vendrían, y que les garantizo que vinieron.

Eso fue lo que hice y lo que hago y fue de esa manera en la que, tres meses después de lo planeado, ustedes pueden leer la segunda y definitiva versión de BORGES HABLA EL SILENCIO. No son veintipico de escritores, sino sólo once. Once escritores que rehicieron sus ficciones y que yo tuve que reescribir en mi casa (respetando los errores de corrección y de puntuación de los escritores), ya que no podía llevarme el material en Word. Es una versión que posee algunas fallas

menores y que tal vez hubiese necesitado algo más de trabajo, pero había que ganarle a la represión del Poder. Pido disculpas porque si bien el material es excelente todavía necesitaba una pizca de cocción.

La hora de la derrota está por llegar. Sigo gracias a la gestión de varios jueces provinciales que expresaron que mi proyecto no sólo debe mantenerse sino que debe replicarse. Los jueces fueron categóricos y por eso todavía seguimos con la esperanza de que Carlos continúe con su tarea y que nosotros lleguemos a publicar nuestro próximo libro contrabandeado. Se llamará NI UNA MENOS EN EL PABELLÓN 4 y esperamos sacarlo junto al Juez Roberto Alfredo Conti en Abril de 2018. En esa obra debatimos, charlamos, leemos y contamos vivencias de violencia de género que luego ficcionalizamos ¿Eso también será delito?

Borges escribió en “La muralla de los libros” que quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes. Borges muestra toda su sabiduría en esa frase. El príncipe ejerce el poder y el poder otorga la razón. Porque la razón es una construcción social y ellos con el poder de la razón construyen el lenguaje. Mientras no hablemos ellos seguirán siendo lo que son y seguirán construyendo el mundo que están construyendo. Tenemos que hablar. Tenemos que hablar para deconstruir el lenguaje. Tenemos que hablar el silencio. Mientras no hablemos el silencio, la tarea que realizo continuará siendo delicativa. Por eso hablo. Por eso peleo. Por eso repito las cosas. Por eso repito que mi mundo es tu mundo y es nuestro mundo. Los negros de mierda del pabellón 4 con nuestro mundo creamos a cuenteros, verseros y poetas ¿Vos qué estás creando con el tuyo?

Alberto Sarlo, La Plata octubre de 2017.





CUANDO ESTAMOS EN EL ALMA, SOLO A VECES, PERDEMOS LA MEMORIA

Experimentación basada en cuento Ruinas circulares

Carlos Mena

Fui víctima y rehén de cinco pesadillas consecutivas, en la inmensa madrugada de un veintidós de septiembre cruel y sin luna. No me es fácil, recordar el año de lo acontecido, mucho menos poder explicar del *porqué* fui decapitado en diferentes vidas soñadas. Pero siento confesarlo abiertamente, desperté mareado y totalmente desfallecido, acurrucado en posición fetal, al filo de mi cama con el cuerpo sudando a todo vapor.

Estaba claro que no eran más que alucinaciones banales, estaba claro que, por tanta droga de pendejo, ya no coordinaba bien, especulé. También me aferré a la idea de las rabas y el champaña en exceso de esa misma noche, que, quizá, me jugaron en contra, en pos de conciliar el sueño, en cuanto el blanco intenso de las sábanas no sé por qué me transmitió serenidad. Aflojé los hombros, la espalda y la mitad de la cara, tomando coraje para saltar del catre arropado con el pijama de Racing Club de Avellaneda. Abrí la puerta para ver qué se traía el día; pero de repente, pasaron dos pibes del pabellón cuatro, de la unidad penitenciaria número veintitrés de Florencio Varela, “¡*abb!* ¡*noo!* ¡*No, hermano!*”, rezongué y ¡*pum!* Cerré la puerta de un golpe seco, y ahora metálico; ¡no puede ser! ¡Estoy re flayeando!, dije. Conté hasta diez refregándome la vista, confundido; respiré profundo y me sentí más relajado, creo. Después, con mucha cautela, asomé la barbilla

suavemente por la puerta entreabierta, con las córneas temblando de intriga. Pero el terror abrazó mi cuerpo al entender que, esos dos flacos, eran reales y estaban reclamando tener visitas, ladrando a voz en cuello ésto:

¡Dale, encargado! ¡Visita! ¡Encargado! Hace media hora que lo estoy esperando, ¡loco! —y enseguida elevaron el tono:

¡Dale, encargado! ¡La concha tu hermana! ¿No te das cuenta que mi familia me está esperando desde hoy temprano?

A la mierda, estoy en cana, la puta madre, susurré atrincherado contra la puerta azul, señalizada con el número veintidós.

Entonces, salgo y me la juego, pensé, *¿a ver si todavía reprimen a los pibes con balas de goma? Y ¡buee! ¡Dicho y hecho!* Salí inflando el pecho para mandarme de una. *¿A ver qué onda en la abierta?* Pero a su vez, con algo de nostalgia recordaba que en ese centro de tortura aprendimos filosofía con mi amigo Alberto. *¡Qué grosso!*, dije por lo bajo; a pesar, que los ruidos internos de mi inconsciente me arañaban el cerebro. Al salir desconfié de la vida, el tiempo y la razón, y aún así, solté dos tímidos pasos penetrando al pabellón. En eso, fui tragado por una fuerza sobrenatural, grata, digamos, o adictiva; de fondo escuché el llanto de la puerta al cerrarse por sí sola; ahora, estando afuera, recuerdo el clima era cálido, pero algo seco. Giré la cabeza como un búho endemoniado, comprobando con asombro que estaba en el corazón de una aldea desconocida, integra y tal vez virgen. Intenté tragar saliva, con el miedo entre los huesos, y agitado me limpié las manos para escurrir el sudor de mi rostro gris; pero al sentir quemazones en la carne, es decir, en todas las extremidades de mi cuerpo, no dudé en revisarme las piernas y los brazos, dado que, para mi desgracia, tenía el pijama desgarrado por completo, teñido con sangre viscosa de un rojo granate; la cual no paraba de esparcirse literalmente tibia.

Fue evidente, estaba mal herido y también ¡más loco que una cabra! Cavilé. Lo peor era no entender con qué o, tal vez, quién me

había herido de tal manera en milésimas de segundos. La esquizofrenia, ahora, estaba en casa, presentí turbado. ¡Insisto, gente! ¡Nunca me cagué tanto en las patas como ese día, o esos años!, queridos lectores, amantes del suspenso. Ahora bien, llevaba el corazón en la boca y me arranqué un cacho de manga que ya no tenía forma de nada para limpiar lo que quedaba de mi cuerpo, pero fue el desconcierto o, la confusión aplastante, quien, me dio una bofetada en el alma, al ver que ya, ni siquiera, llevaba cicatrices de lo que había percibido en mi piel hacía unos instantes. La misma que ahora estaba intacta. Primero el silencio se adueñó de la escena, después, un frío cortante recorrió mi espalda y grité desconsolado y vulnerable: ¡Nooo!, para caer rendido, besando el fango con gusto a mierda de pitufo, y con las manos sucias me tapé la cara arrugada, fea, estirando la jeta como la argolla de una vaca alzada, para llorar como hacen los ¡machos! en mi barrio.

Con la noche vigilando mi desgracia, arrastré la existencia unos cuantos metros pedregosos, entregado a un destino incierto, reclamando la sensación espantosa de que la demencia me haga carne de su carne, más precisamente, esencia radical de su musa inspiradora, por los siglos de los siglos, amén. Hasta que el amanecer provocaba con abrir sus párpados, y el día estaba a punto de estallar. Poco después, cuando la luna se mostró imperfecta al hundirse en un horizonte palustre, un sueño egoísta, lúgubre, comenzó a cubrirme con su túnica relajante, pero, de golpe y porrazo quedé frito, roncando groseramente y soñé como la ¡puta madre! Este sueño fue tangible, verdadero, donde un cincuentón, calvo y encorvado, arrastraba consigo la fama de ser mágico, lo llamaban “El mago sin dientes”, el tipo bajaba del oeste, donde surcaba el río de La Matanza, donde se dialogaba sin pronunciar las eses y no estaba de moda hacerse el concheto. Donde la cirrosis, como la ladilla, salían como pan caliente. Resulta, que el capricho de este viejo era soñarme meticulosamente, hasta transformarme en un hombre completo, para después, arrojarme a la triste realidad del mundo. Sin la SUBE, desocupado, y con bombas nucleares a punto de estallar, como si fuese un dios creando a un hijo,

a su imagen y semejanza, siendo esto, justamente para mí, un ¡terrible! dolor de huevos. Convertirme, de la noche a la mañana, en un mago mentiroso, falto de dientes, jorobado y sin peluca. En fin, él anhelaba soñarme como un sujeto de derechos y, pensándolo bien, tan mal no estaba la idea.

De este modo me soñó durante dos sistemáticos años, y pudo darle forma a mi brazo izquierdo, con tatuajes y todo, siendo que, a la cara y a los pulmones, les dio los últimos pincelazos a los cuatro años y dos meses. Supuestamente, se dice, sólo se dice, que tardó más de lo debido, porque el chabón tomaba merca y de la pura; entonces, ¿si ésto, fuese así? Imagínense al pelado, más duro que rulo de estatua, pobre, estaba claro que no podría pegar un ojo, ni siquiera con la orden del Juez Villafañe de La Plata, ¡olvídense! ¡Recontra fisurado en una aldea chota! ¿Qué carajo va a andar soñando? Aunque, tres años más tarde, le puso un poquito de onda... Justo cuando me estaba soñando gran parte de una pierna, la tibia y el peroné y una cuarta de la nalga derecha, algo empezó a mordisquearme el cuero, el dolor era tremendo, insufrible, ¡este pelotudo la está haciendo re largal!, renegaba entre sueños, apretando los dientes hasta hacerlos chirriar. ¡Vamos, viejo! ¡Hacela corta, papá! Gruñía quejándome de alguna manera, desde otro plano. Fue una cosa de locos sentir como me cortaban los tendones, tuve la sensación que algo estaba chapándome la sangre, ¡las arterias viejo! Hasta que no dio para más, y pegué un grito en el cielo. ¡Ay, pelado y la recalcada concha de tu madre! ¡Pelado, cortala!... ¡Locooo! y en pleno suplicio eterno, escuché un... ¡suuuk!, veloz y tajante. El zumbido destrozó mis tímpanos y desperté atolondrado por la modorra; pero quienes sufren pesadillas, saben que son gomosas, es por éso que regrese con toda la mala suerte del mundo a la realidad de la aldea, y no precisamente a mi casa en Quilmes. Evidentemente, lo primero que hice, fue corroborar que las partes de mi cuerpo maltrecho se encuentren en buenas condiciones, sin embargo, receptores, ésto, es de no creer, pero va en serio, ¿ustedes me creerían si yo les digo que las putas hormigas coloradas estaban perfectamente

divididas en tres bandos, a lo largo de mi cuerpo? Escuchen, un grupo se había adueñado de mi brazo izquierdo, atacando sin piedad, siendo que el otro bando tironeaba, sin tregua, de mis pómulos carnosos, la nariz y algo de una oreja, y por último, la tercer pandilla, un tanto más atrevida, me estaban masticando un cachete del culo, como si fuera un chicle Beldent. ¡Qué desesperante! Fue como tener el cuerpo en llamas, fue revolcarme en la tierra, enloquecido, mientras luchaba para quitármelas de encima. Lo sé mejor que nadie, tanto veneno de golpe pudo haber sido letal, de todos modos, mi organismo logró soportarlo, por lo visto, no era mi hora, aunque yacía doliente, tendido bajo una planta desconocida, y no estoy seguro ¿si eran flores o cogollos?

Al décimo día, sin fiebre, ya no alucinaba, solo ronchas atestiguan el ataque feroz de los insectos, me despertó el sol alto, y a lo lejos me pareció escuchar el silbato de un churrero, ¡mmm...! ¡Tengo una liijaaa! Susurre. Frotándome la panza hundida, alce la vista y mis ojos chocaron con la imagen de una pequeña capilla empinada. Su contorno le daba un formato cilíndrico, era algo parecido al santuario del Gauchito Gil que, aún, decora la esquina de mi casa; la misma descansaba junto a mis pies como un centinela del ensueño. Me paré como pude y salí a investigarla; su interior estaba revestido con una fenomenal variedad de caracoles exóticos, el piso y los escalones, fueron de mercurio y algo de plata, con imágenes perfectas de hipocampos enfilados, de menor a mayor; aunque, también, descubrí insignias y figuras de apariencias arcaicas al relieve, pero... ¡ojo! ¡Eh! sepan que no toqué un peso. Yo, lo remarco para que después no me vengán con boludeces. Dicho ésto, seguiré con mis narraciones.

Lo mencionado no sería ni la cuarta parte de mi gran hallazgo. En el centro se exhibía, muy prolijamente, una estatua bastante singular sobre una suerte de altar, echa de un material extraordinario que se auto regeneraba, y que todavía, todavía, los arqueólogos no lo han descubierto en el planeta.

Primero tenía forma de toro y, a su vez, de un pony o una

vaca, y después no sé qué mierda hacía la cosa esa. Convengamos, sin mezquinar palabras, que quedé totalmente maravillado, y no era para menos, estaba frente a algo invaluable, y con el solo echo de pensar en toda la fortuna y la fama que podría llegar a conseguir si la transportaba conmigo a nuestra realidad, me ponía los pelos de punta. La emoción fue descomunal, y no pude manejar la situación, entonces, se me dibujó una enorme sonrisa en el rostro, hasta dejar al desnudo las muelas de juicio, y en éso se me escapó un pedazo de baba espesa por la comisura de los labios, pero el impacto de mi saliva en el piso de mercurio, consiguió que la estatua se ponga en forma de capitalismo, y como por arte de magia se convierta en la inflación, y después en el hambre, jadeé espantado, atajándome de algo, tal vez, maléfico, pero afuera, el crujido de las hojas secas me advirtieron que no está sólo, es decir, tenía compañía; el frío del miedo, me acompañó hasta salir del recinto, y cuando quise escapar, era tarde, ya que fui rodeado por no menos de siete indios de rostros horribles, surcados por la selva, luciendo plumas y pieles extrañas, con un solo ojo en cada cara, de dientes negros retorcidos.

Sentí desfallecer antes de ser decapitado, hice un movimiento y me apuntaron con sus lanzas, ¿y ahora de qué me disfrazo? Pensé. Seguro que actué por impulso, y por el reverendo cagazo que me llevé me puse en posición de combate, y de la nada hice la grulla de Daniel Sam. Los salvajes aullaron sorprendidos, y pude darme cuenta que temían de mi magia y dieron dos pasos hacia atrás haciendo pucherito. Esa actitud de cobardía les jugó en su contra. Y comenzó el juego, o mejor dicho, el fuego. ¡Pillo el Kongo! Saqué el encendedor amarillo que uso para prender el anafe, me tire un poco de gas, en la boca, y con un solo chispazo, largué una llama al rojo vivo, cual dragón enfurecido arrasa con las aldeas y rostiza algún príncipe boludo. Los cuerpos grises comenzaron a correr despavoridos, soltando las armas al carajo; mientras tanto, yo no sé por qué motivo era amarillo, como los Simpsons. Sinceramente, le curtía el mambo a la situación, de una manera maniática. Me excitaba verlos correr como ratas. Sí, lo sé, es

verdad, me comí el abuso, haciendo puntería para quemarles el ojete.

Ellos pedían socorro en su idioma, y yo les gritaba en el mío que la sigan chupando. ¡Juaaaa! ¡Juaaaa! ¡Juaaaa! ¡Daaalee! ¡Daaalee! ¡Putoo! ¡Corré! ¡Gato de mierda! Le decía a un gordito que le costaba darse a la fuga. En medio de ese descontrol, una fuerza diabólica se adueñó de mi ser, y me fui al carajo con todo. El fuego era imparable, devorándose la aldea, pero en un momento quede fascinado. Cuando ví caer a una parejita de pitufos azules, en pelotas, con los bonetes en llamas. ¡Que locura! ¡Juaaa! ¡Juaaa! ¡Juaaa! Eran carcajadas del demonio. La bestia estaba en mi alma y gozaba, con una intensidad maquiavélica, acabar con el templo sagrado, y esa estatua que sólo acarrea maldiciones, para que ningún hombre le rinda culto a nadie, mucho menos, a todo ese mundo psicópata que solo yo podría vivenciar.

Y como todo lo que empieza debe terminar, los espíritus del bajo mundo, me arrastraron hasta las aguas del lago, que desembocaban en puente La Noria, y me hundieron en ellas, perdonando mis crímenes para que fermente con el fango, por razones de no poder controlar mi tempestad; entonces, me negaron en su reino los dioses de otros planetas oscuros, y los santos paganos me dieron la espalda. Pero, tan sólo uno de ellos, admiró mi valentía y respetando mi decisión de ir en contra de esa historia y de las apariencias de esos sueños. El dios de la libertad determinó concederme la gracia, en devolverme a mi realidad, digamos, la de él y la tuya, mencionando las palabras, del libro santo de la Pura Vida súpercalifrajilísticoespiralidoso y un grupo de astros bastante aburridos, por el triste hecho de ser eternos, le gritaban desde el Olimpo: ¡¡A quééé siiií!!

En cuanto a el dios del vino, se encontraba, justo, retozando sobre una nube de pedos que estaba a un par de metros, y se le dio por engancharse a joder un rato con los pibes, y les respondió: ¡A quééé nooo! ¡A quééé siiií!, y así estuvieron unos tres minutos, hasta que el dios más copado, repitió nuevamente las palabras del libro santo y ¡suuuuk! Pasó como la primera vez, el zumbido, me hizo concha los

tímpanos, pero, en este caso, me ardía la mejilla derecha. Me froté la cara y de golpe empezaron a zamarrearne, hasta que logré despertarme. ¡Dale, pelotudo! ¡Despertate, que estamos llegando nene! Me gritaba mi amiga, Mónica Falcone.

¿El qué? —pregunté.

¿Cómo... “el qué”? —Carlos, repuso:

Claro, amiga, no te entiendo lo que me decís.

¡Nada! ¡Estabas soñando y no sé qué gritabas, como un loco! —dijo.

¡Sí, dejá...! Tuve unas pesadillas ¡ree feas! Éso porque anoche me quedé leyendo este libro de mierda.

¡Ab... No pasa nada! Está bien, pero guardá el libro que ya estamos llegando.

¿A dónde estamos llegando, Mónica?

¿Qué? ¿No sabés, todavía? —preguntó.

No —respondí, pensativo, sospechando que nos dirigíamos a la cárcel a trabajar con los pibes, como es de costumbre.

En éso, la quilmeña pisó a fondo el acelerador del vehículo y giró la cabeza enmarañada con el cabello negro azabache, clavándome una mirada desconocida, fría, como quien no lleva su propia alma, y me dijo:

- Preparate que entramos a la aldea.

¡Noo! ¡Por Dios! —me lamenté largando un suspiro entrecortado, y me dormí hasta entonces.





ISERN

Experimentación basada en cuento El Disco

Marcelo Occhiuzzo

No recuerdo mi viejo nombre, digo, no recuerdo como se pronuncia. Sólo tengo alguna idea de como suena y nada me lo hace más interesante. Sé, que antes de que mi hermano me enterrase vivo en el bosque, cerca del riacho donde aprendí a pescar con las manos, veneraba a Cristo. También sé que cuando éramos chicos le hice jurar que voltearíamos todos los árboles hasta el poniente, nada más. Mis pasos ya no son los mismos, me cuesta trabajo el andar, un bastón de madera de arce apuntala mi humanidad y se hunden pesados en la nieve de anoche. Hoy, aun me pesa la ropa mojada y siento un fuerte dolor en mi nuca.

Aquel mediodía en que mi hermano cavó mi tumba bajo un ciprés, estaba soleado y el ruiseñor cantó en Inglaterra. No pudo saber que yo dormía un sueño pesado, nunca supo que la noche anterior, el rigor de mi cuerpo fue producto de la catalepsia y no del más allá. Pobre hermano mío, hacia la tarde puso una cruz en la fosa y lloró. Luego vertió el humus del suelo sajón y se retiró a la cabaña a vivir lo que quedaba.

Un enorme lobo alfa plateado cavó nuevamente, las garras rasgaron mi rostro mortecino y desperté entre las hojas del llanto, sus ojos cautivaron ese momento de resurrección y me incorporé con la sangre escurriéndose por mi cuello. Alcé la mirada y la bóveda del

bosque se convirtió en un embudo forestal que giró vertiginosamente, me sentí mareado y caí de rodillas. Entre mis piernas hallé un objeto circular, lo tomé y, al hacerlo, desapareció a la vista, no así al tacto, era frío; fue acunado por mis manos, que lo depositaron en mi pecho. Luego brilló otra vez y sentí calor. Sentí que volvía a mí algo que supe perder no sé en qué momento. Descubrirlo se me hace difícil, es como si el alma que estuve a punto de perder regresase. ¿Pero cómo? Si no la perdí. El lobo plateado ya no estaba y una brisa suave despabiló las ramas de aquel otoño en el bosque. Comprendí, inexplicablemente y no sé cómo, aún, pero comprendí que fui honrado rey; pues el fragor de mil batallas hinchó mi pecho y hasta recibí un nombre, soy Isern y soy de la stirpe de Odín. Mi actual dios, mi redentor. Llevé a mi pueblo a la gloria reiteradas veces, pero ya no poseo nada, mi reino me fue arrebatado y el destierro destila mi andar. He sido leñador, fui remero, navegué por los mares del norte y acompañé al Rojo hasta Vinland, mucho más allá de Groenlandia; al regreso, el polvo de los caminos galos ensombreció mi semblante, almorcé carne de reno en la alta región de los lagos fineses, estuve preso y tuve hijos y una mujer que me dio todo, narré odas a Thor y solía interpretar el laúd para Odín.

Supuse que la vida se escurría a cada paso bajo mis pies peregrinos, pero aquel disco que mi Salvador me obsequió, me hace inmortal, me hace atemporal, también.

Hoy, hoy navego las horas del Tiempo y ayer volví a casa a comenzar la tala de un bosque sajón junto a mi hermano, ya casi ciego. Lo encontré distraído, sobrecogido en su retiro. Sé que la soledad del ermitaño espanta, pero más espantosa es todavía la soledad de dos en compañía. No me reconoció y quise aprender más de la vida y de la muerte. Tomamos nuestras hachas de siempre y, sin mediar palabras, salimos al huerto donde las fresas florecían, oteé hacia el poniente y lo invité a seguirme, solo me observó y me adelanté unos pasos... pensé en voltear el primer roble que se me presentara... Pero, sentí el golpe de su hacha en mi nuca; luego, el arroyo donde solíamos pescar con la mano, abrazó mi cuerpo con vida y se convirtió en mi nueva

sepultura, pero todavía conservo el disco de Odín y mientras los lobos
aúllan en el valle, el Valhala es un espejismo que se disipa al atardecer.







LA GUERRA DE LA TRADUCCIÓN

Experimentación basada en cuento El capitán Burton

Javier Uthurburu

Las cicatrices de aquel sultán que caminaba las callejuelas del pueblo que lo vio crecer y partir, surcaban toda su humanidad y eran testimonio de las tantas batallas en las que participó por conservar la libertad su gente. Su nombre era Suleimán. Un hombre muy respetado, ya que su linaje estaba compuesto por aguerridos guerreros que supieron defender a su reino; dejando aún sus propias vidas en batalla. Ya, en tiempos de paz, sintió la necesidad de traer un heredero al trono, pero como ninguna de sus esposas podía concebir, creyó acertado buscar una muchacha pura, inmaculada que le asegure su descendencia, desde entonces encomendaba a su guardia personal que le trajera una virgen desde los confines de sus dominios para que pase la noche con él, pero hasta el momento, todas ellas, al amanecer fueron ejecutadas sin compasión. La razón por la que encontraban su muerte era porque luego del coito, Suleimán no se sentía satisfecho, y hasta argumentaba que eran aburridas, por lo que también él se aburría, y éso lo consideraba intolerante. Fue así que cada nueva jornada se cobraba una nueva víctima. Su visir, Ibrahim Paya comenzó a preocuparse por aquella situación, ya que dentro de las vírgenes que integraban sus dominios se encontraba su hija, Jurren. Mujer de una belleza sin igual, sus rasgos orientales resaltaban, aún más, el color de sus ojos negros como el encanto de una noche sobre el desierto.

El tiempo fue pasando, y con él fueron menos las vírgenes a

disposición también, el turno de Jurren estaba cerca. Ibrahim tenía su corazón afligido. Desde su aflicción tuvo que hablar con su hija para pensar un plan que le diera la posibilidad que no tuvieron las demás, seguir con vida. La joven, además de bonita era muy inteligente y, momentáneamente, no quiso adelantarle nada, solo le pidió que confíe en el instinto de una mujer y que en su momento sabría qué hacer. Una noche su padre se acercó a ella compungido, acarició su rostro y le comunicó penosamente:

Ha llegado el momento que tanto temíamos, prepárate. Suleimán reclama tu presencia.

Cambia esa cara, padre, no temas, llegado el momento sabré qué hacer.

Hija mía, tú eres todo en mi vida, estaré rogando por ti, mi niña.

Así, Jurren, luego de ponerse sus mejores prendas, emprendió camino hacia los aposentos, muy segura de lo que iba a hacer. Al llegar fue recibida por dos guardias que le dieron paso a la alcoba real. Una vez dentro, taza de té de por medio, tuvieron una larga conversación donde el sultán explicó sus intenciones a la muchacha, quien entendió a la perfección los deseos de su señor.

Luego de una noche de pasión, mientras, aún, el hombre aquel se encontraba recostado en su cama, muy dulcemente le propuso narrarle una historia que le agradaría por completo. Asombrado ante tamaña propuesta, se sonrió y se dispuso a escucharla. Esa noche luego de aquel relato se durmió plácidamente entre sus brazos. Sin embargo, la hermosa joven no pegó un ojo, especulando qué sería de ella al amanecer.

Despuntaba el alba cuando el sultán despertó, volteó hacia su costado y allí estaba ella, con una radiante sonrisa para darle los buenos días; le brindó una suave caricia, la besó y llamó a los guardias dándoles la orden de que la llevaran al harén, y que la trajeran al anochecer. El asombro de sus hombres no fue poco, y mucho menos el de Ibrahim Paya que esperaba ansioso lo que acontecería con su hija.

Nuevamente la noche los encontró juntos, y otra formidable historia deslumbraba a su señor. Para sorpresa de todos la seguía eligiendo noche tras noche.

La intriga iba creciendo en el padre, que un día decidió hablar con su hija para que le contara su secreto.

Mi amada hija, ¿qué es lo que has hecho para que mi señor te perdone la vida, y que cada noche pida tu presencia?

Padre, he sabido utilizar el ingenio, y cada noche le regalo una historia.

Mi hermosa Jurren, eso lo has heredado de tu madre, muy dentro mío sabía que algo mágico iba a ocurrir, Mis ruegos fueron oídos.

Así fue pasando el tiempo, pero, cierta noche, Suleimán notó un brillo especial en el rostro de la joven.

Veo hoy en tu mirada algo especial, ¿qué ocurre? —ella se sonrojó.

Mi señor, la felicidad invade mi alma. Lo que tengo para contarle espero que a usted también, estoy esperando un hijo suyo.

¡Al fin un heredero!

La noticia corrió por todo el califato, el sultán, al fin se veía feliz. Con el paso de los meses el amor por aquella mujer invadió su corazón. Ya no era solamente la que complacía su apetito sexual. Así que la desposó convirtiéndola en su esposa favorita. Todo marchaba bien, hasta que la ambición del visir se dejó ver cuando le propuso a su hija plasmar aquellas historias, pero ella argumentó que su esposo ya se lo había propuesto, y que inclusive ya estaban siendo escritas. Ésto tomó por sorpresa a Ibrahim, quien desde entonces buscó la forma de apoderarse de los manuscritos.

Un buen día, mientras hablaba con su señor, tuvo la osadía de tocar el tema y le aconsejó traducir la obra, pidiéndole astutamente ser él el primero en hacerlo. Lejos de molestarse, el sultán le informó que ya tenía la obra completa. El visir siguió con su plan y le planteó

la idea de traducirlos a todo idioma conocido, argumentando que sería bueno dar a conocer aquellas historias a la humanidad, esas que tanto lo cautivaron. Suleimán no estuvo de acuerdo, tenía un punto de vista diferente, para él, solo su entorno y su pueblo podría deleitarse con esa obra.

Pero Ibrahim no quedó conforme e intentó sobornar a su hija mediante artimañas para que le narrara cada una de las historias. Jurren no cedió al pedido de su padre, y éste, muy molesto, la trató de ingrata y juró que de alguna forma u otra conseguiría esos manuscritos.

Así fue que comenzó para el visir una guerra personal, creía justo que las traducciones se llevaran a cabo solo por él. En su odio, aquel hombre perdió todo escrúpulo, y ni bien nacido el heredero, con un grupo de cómplices secuestró al pequeño; pidiendo como rescate se le haga entrega de los manuscritos. El padre de la criatura, totalmente enfurecido con la traición de su suegro, tramó su propia venganza. Si bien no estaba de acuerdo con entregar la obra, luego del ruego de su esposa accedió, pero no le sería tan fácil salirse con la suya. Tras un plan minuciosamente preparado, el sultán ordenó los arreglos para el intercambio que se harán a las afueras de Bagdad. Después de asegurarse el regreso de su hijo, permitió que el visir se marchase en paz. Sabiendo que la venganza había comenzado. Pasaron meses y todo parecía tranquilo, Ibrahim estaba tan obsesionado con la traducción que jamás se esperó lo que iba a suceder, la misma ambición que se había apoderado de él fue su peor enemiga. Éste hombre no había cumplido con la promesas que les hizo a sus cómplices, la de compartir parte del dinero logrado. Uno de ellos, bastante arrepentido, fue la clave para que la venganza del gran sultán se concretara. Así fue que entregó al general de Suleimán la posición donde se encontraba el traidor, quien fue capturado y sentenciado a muerte, no sin antes exigirle la restitución de la obra tan preciada por el monarca.

Pero grande fue la sorpresa del sultán al ver que el manuscrito original había sido sustituido por una copia fiel que llevaba como

título "*Las mil y una noches*".

A pesar de los intentos del sultán, entre los años 1707 y 1717, salieron a la luz doce volúmenes traducidos a diversos idiomas, dando a conocer una de las historias más maravillosas que el mundo jamás conoció.







EL VIAJE A COLERIDGE

Experimentación basada en cuento La flor de Coleridge

Nicolás Almeida

La flor, para los amantes no era baladí. Ella, de la realeza, él, un simple campesino. Los encantos que la rodean, la magia que la conforman o lo que escuché de ella no era menos maravillosa que su leyenda en sí. Leí, también, que el pacto de amor entre aquellos que la contemplaron fue real, aunque, el final de la experiencia es un poco confuso. Si pudiera el hombre atravesar el paraíso en un sueño y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano y a su prometida a su lado, ¿entonces qué? De lo narrado juzgo de perfecta imaginación y capacidad inventiva a quien dio luz a este texto, desconozco si realmente fue un sueño o más quien lo haya difundido es quién corresponde el cumplido. Todo parecía consistir en lograr pasar juntos una noche completa y harían posible su anhelo de permanecer eternamente unidos, pero por supuesto era mucho más que eso.

Una vez llegado ese singular momento, la condición sería la hipérbole que bifurca las posibilidades de hacer de este sueño algo real y duradero, vale mencionar que, de aquello, también, muy poco sabemos. En cuestión, esa noche, al perderse el último rayo de sol, el amante debería sumergirse en un sueño muy profundo utilizando este medio como traslación para llegar, así, al Paraíso o bien podrían tomar juntos esa noche como dos almas completamente comunes y salvajes, y atesorarla como recompensa de la experiencia, tan sólo por

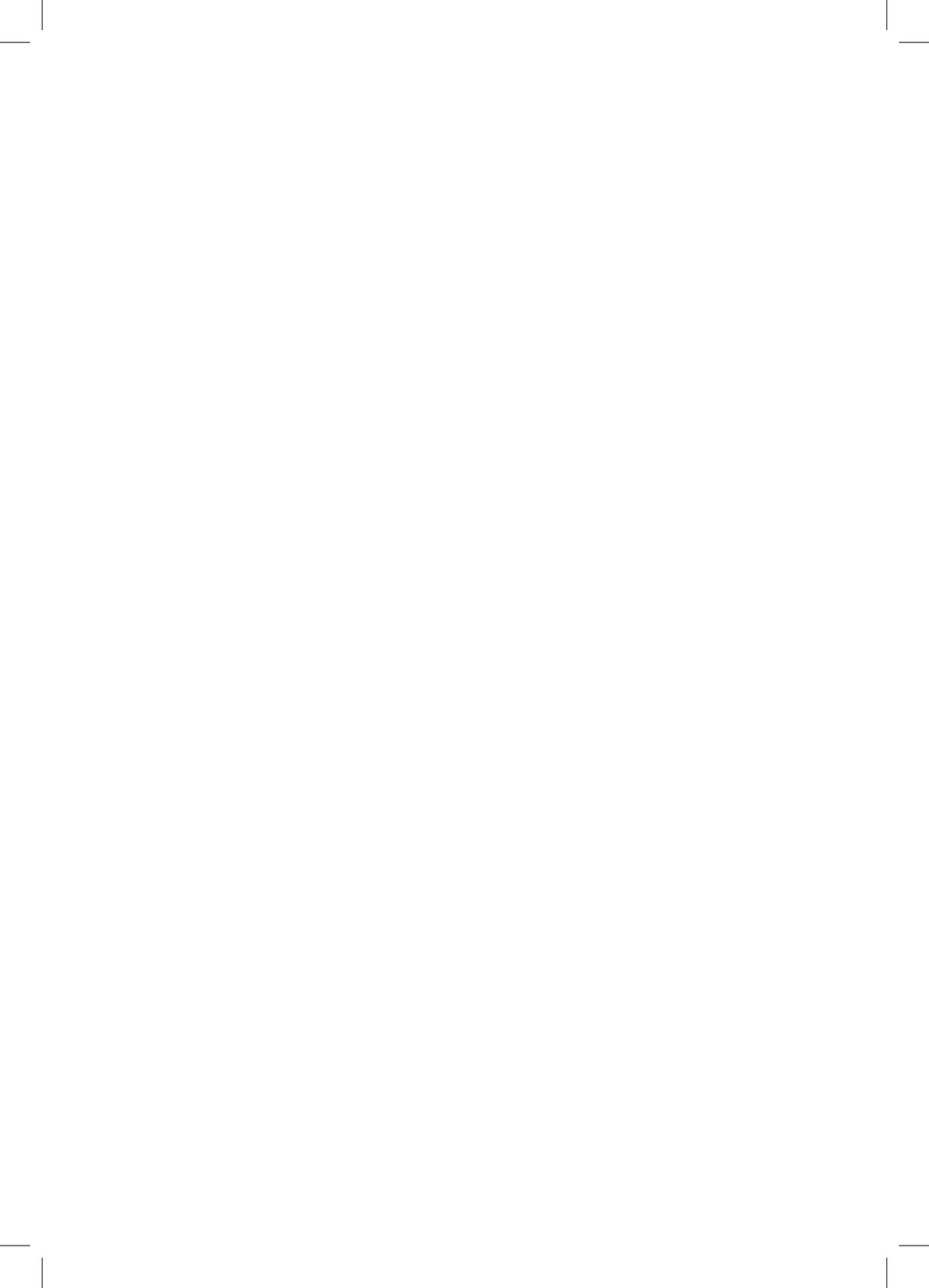
el resto de sus días en este reino mortal. Aquí, el laberinto de aquellos comienza. Expondré entre comillas que este tipo de castigo es el que transforma a quien sea en bestia, dejando al concluir la praxis, un resultado escalofriante. También reflexioné que quienes posean el poder de controlar esos laberintos serían los mismos Asteriones condenados a verdugos eternos. ¿No podrían los amantes dejar de buscar lo eterno, si tan sólo absurdaran menos la idea de celebrar su amor como seres libres que fueron creados? No daré como axioma la concepción de mi interpretación.

Volviendo a la Inquisición, el ritual no sólo era arriesgado, sino, también, los obstáculos que debían superar para llegar hasta ese momento todo lo tornaba casi imposible de realizar. Perseguidos cada uno por el gigante despótico conocido como *status*, que todo un reino ponía sobre sus hombros, encontraron vital el ajustarse a un plan minuciosamente acordado que les provea el tiempo suficiente para concluir el conjuro. Citaré, y creo necesario, los riesgos a los que se someterían si se comenzara el ritual más no se concluyera. Una vez el amante sumergido en aquel sueño, debía su compañera guiarlo detalladamente susurrándole al oído, los caminos que debería recorrer y que estaban plasmados en un viejo pergamino que un brujo les entregó. Si la dama, por cualquier motivo, interrumpía esa narración, él se perdería para siempre en las grandes lagunas de la mente, diluyendo toda capacidad de recordar si quiera su nombre y lo que, tal vez, sería peor, podría jamás despertar. De allí la gran necesidad de disponer de tiempo suficiente. Noté que el paraíso también poseía cierta división política, ya que la flor se encontraba en un lugar en particular llamado Coleridge. Resultó del encuentro de un soldado romano con un vagabundo, una conversación sobre las distintas concepciones de lo eterno, lo real y lo que un hombre debe de buscar, si es que de buscar se trata en el lapso de vida que cada uno posee. Para este entonces la seda, aún, no había sido descubierta por los occidentales. El vagabundo sostenía que lo que hagamos en esta tierra nos daría vida eterna en otro lugar mejor y viceversa, que nadie ha nacido esclavo y que por

alguna razón eso, naturalmente, era así; que lo que su imperio hacía a los pueblos que no deseaban someterse a Roma no estaba bien y otras cosas, a lo que el soldado romano respondía con frases como: “Dios sabrá...”, o “es lo que nos toca a cada uno”, o “solo seguimos órdenes”. Cuando aquel soldado decidió continuar su viaje miró al vagabundo con altivez, creyéndose portador de la razón y le dijo: “viejo, mi fidelidad me dará una eternidad feliz”. Y el vagabundo respondió: “tu eternidad ya ha comenzado”. Aquel recuerdo me llevó a entender la incertidumbre en la que los amantes se encontraban, ese amor ya tenía un destino, independientemente de poder lograr el encuentro planeado.

Al amanecer, el amante despierta y en su mano la flor de Coleridge, pero sólo éso. Su alma gemela ya no estaba. Al salir de la cabaña, un grupo de soldados lo esperaba, con la orden de arrestarlo para dar fin a su vida en los patíbulos. Al buscar nuevamente en su mano descubrió que la flor había desaparecido y un sello, cual cicatriz, es lo que ahora quedaba en su palma. Dos días después ese hombre fue colgado de su cuello, públicamente, por desafiar la Corona. Esa misma tarde la princesa saltó de la torre más alta del castillo. Dícese que el rostro de la dama lucía una sonrisa. Es válido creer que aquellos han salido triunfantes, también, que nadie sabe con certeza si lo eterno tendría el mismo sabor que lo que se percibe en vida.

Diré que no sería capaz de desaprovechar ningún instante del mundo real, y que lo real, repito, creo yo, sólo es lo que puedo experimentar y todo otro análisis carece de noción lógica. Todavía puede hallarse el pergamino con las especificaciones, pero no han existido almas capaces de sacrificar el presente por lo desconocido, ya que la perseverancia en las posibilidades de este mundo, mantiene el encanto y la magia de ser lo eterno.







SUEÑO PROFUNDO

Experimentación basada en El palacio

Jonatan Maldonado

Estaba leyendo los libros de Borges, y me llamó la atención un cuento titulado “*El Palacio*”, dentro de *El oro de los tigres*. Lo leí muchas veces para poder comprender lo que quería decir. En el último repaso mis ojos se cerraban lentamente, hasta que quedé profundamente dormido. En mis sueños comparaba un palacio con la cárcel. Era raro, me desperté en un castillo enorme, no sabía lo que hacía en ese lugar. Era tan real, estaba ahí. Me puse a observar los muros, los jardines, los laberintos, las puertas, los patios circulares y rectangulares, las antecámaras, las cámaras, las alcobas, las bibliotecas, las celdas sin salidas. Viendo todas esas cosas, me dije a mí mismo: “*Un palacio no es más que una cárcel misma, sería como un antagonismo*”.

La maldita cárcel tiene muros impenetrables; jardines hechos por los propios presos; los laberintos, que no son más que los pasillos que los llevan de un lado a otro; puertas echas de gruesos barrotes; patios rodeados de puro cemento; las antecámaras son las leoneras donde los dejan para luego llevarlos a la cámara, que se los llaman buzones de castigo, ahí los seres humanos pasan días, hasta meses sin poder ver la luz del sol. Cámaras que los vigilan todo el tiempo, alcobas que llamaríamos celdas sin salida, que son leoneras para apartar presos conflictivos.

Para mí, palacio y cárcel serían los mismos lugares, a nadie se le está permitido recorrer una parte infinitesimal de la cárcel.

Soy un alma que está condenada a vivir donde muchos dicen que no hay esperanzas, lugar en el que conocemos por demás la soledad. A veces, puedo percibir caras nuevas, gente que se va y vuelve a este infierno ínfimo, en el que son atravesados por el frío del acero perdiendo la vida, sus nombres sólo quedan grabados en sus lápidas, o, en casos diferentes, nuestros nombres quedan estampados en libros, que con el pasar del tiempo se deterioran. Muchas veces pensamos que estamos muertos cuando nadie nos toca; ni una palabra, ni un anhelo, ni una memoria que se presente para que me hagan sentir vivo.

Queriendo despertar, al escuchar esas palabras que me causaron gran temor, como si ya estuviera en otro mundo, no sabía cómo hacer para volver de ese sueño profundo. Escuché la puerta abrirse, y me desperté asustado, me dije: *“yo sé que no estoy muerto”*.





MI REFLEJO

Experimentación basada en El otro

Santiago Fernández

Hoy tengo treinta y cinco años. Esta historia transcurrió a mis veintiocho recién cumplidos, exactamente, el diez de noviembre del 2015 y en mi casa, cuando mi mujer fue a llevar a mis hijas al jardín de infantes. Según recuerdo, ella se levantó como siempre a las siete y treinta y preparó a las nenas con rapidez, por el simple motivo que ingresaban a las ocho en punto y no quería que lleguen tarde de nuevo. Salió olvidando la puerta abierta. A pesar de que se aproximaba el verano era una mañana muy fría. Yo me levanté y me preparé para ir a mi trabajo. Ella me había dejado la ventana de la pieza abierta para que me aliste más rápido, pero como estaba con poco ánimo por no haber dormido bien, quedó todo tal cual. Fui directo al baño y me lavé la cara, luego me cepillé los dientes; éso lo realicé sin ni siquiera mirarme al espejo, cosa que siempre hacía. Después me dirigí a mi cama, me senté en ella y comencé a vestirme. Estaba poniéndome la remera cuando presentí como si alguien me mirase, entonces el susto ganó mis instantes. Me puse de pie y, a medio vestir, corrí a cerrar la puerta y la ventana. Revisé toda la casa pero no había nada ni nadie. Ya, más tranquilo, volví a mi habitación para terminar de vestirme.

Fue en ese momento cuando, sentado en mi cama y frente al espejo, vi mi reflejo. Me entristecí. Estaba viejo, aparentaba unos setenta años. Pero no grité ni me alejé, pues él, sólo me miraba inmutable, frío... No sé por qué, pero me senté frente a mí, y me veía.

Hoy, aún, sigo sin comprender el porqué lo hice, y sin saber por qué, dije *hola*. Me respondió muy tranquilamente:

Hola, Santiago.

Hola, buen día—dije. A pesar de estar aterrado no le demostré miedo.

Volvió a hablar porque apreció mi rostro, que seguro reflejaba el espanto que sentía.

No te asustés. Yo soy vos, solo que tengo cuarenta años más y estoy acá para que me preguntés lo que quieras saber de mi presente.

Y con miedo, lo hice:

¿Las nenas están bien? ¿Papá y mamá? ¿Cómo están?

Mi reflejo me respondió que:

Las nenas están bien, ya tienen su familia. Hiciste buen trabajo. Papá falleció en un accidente de tránsito y mamá partió a los setenta y seis años en el hospital Gandulfo, por problemas del corazón, como la abuela.

Por dentro, al escuchar esas palabras, sentí orgullo por lo logrado con mis hijas, pero tristeza por la partida de mis padres. No sé por qué, si aún nada de éso había sucedido, pero lo sentía como legítimo. No entendía nada, no aludía si estaba alucinando, o si fuese un sueño de esos que uno siente como verdadero, un largo *dèja vú*. Quise interrogar más sobre mi padre, pero me dijo que de éso no quería hablar más, sólo hablaría de mí. Me contó sobre mi trabajo, el cual, en ese tiempo, era un lavadero de autos que tenía en sociedad con un amigo. Luego me especificó:

¿Viste tu pequeña sociedad?, te va a generar muchos dolores de cabeza y pérdidas, pero al fin a cabo, tu emprendimiento prosperó. Tu socio te vendió su parte al pensar que todo se derrumbaría. Y, automáticamente, al mes siguiente, saliste a flote y hoy tenés dos lavaderos más y una cerrajería del automóvil.

Con tu mujer te separaste a los treinta por una infidelidad tuya, pero a los meses volvieron y hoy es tu mano derecha en todos tus negocios. Y tu compañera en todo.

Sorprendido por lo que oía, no supe cómo reaccionar y, sin motivo, sólo me escuchaba muy atento, con dudas a cerca de lo real de ese momento.

Hablamos durante toda la mañana, bueno, para mí fue toda la mañana. Pero recordé que tenía que ir al trabajo y le advertí:

Se me hizo tarde para el laburo, encima no volvió la bruja de dejar las nenas en el jardín. Tengo que ir a ver qué pasó, ¿me esperarás?

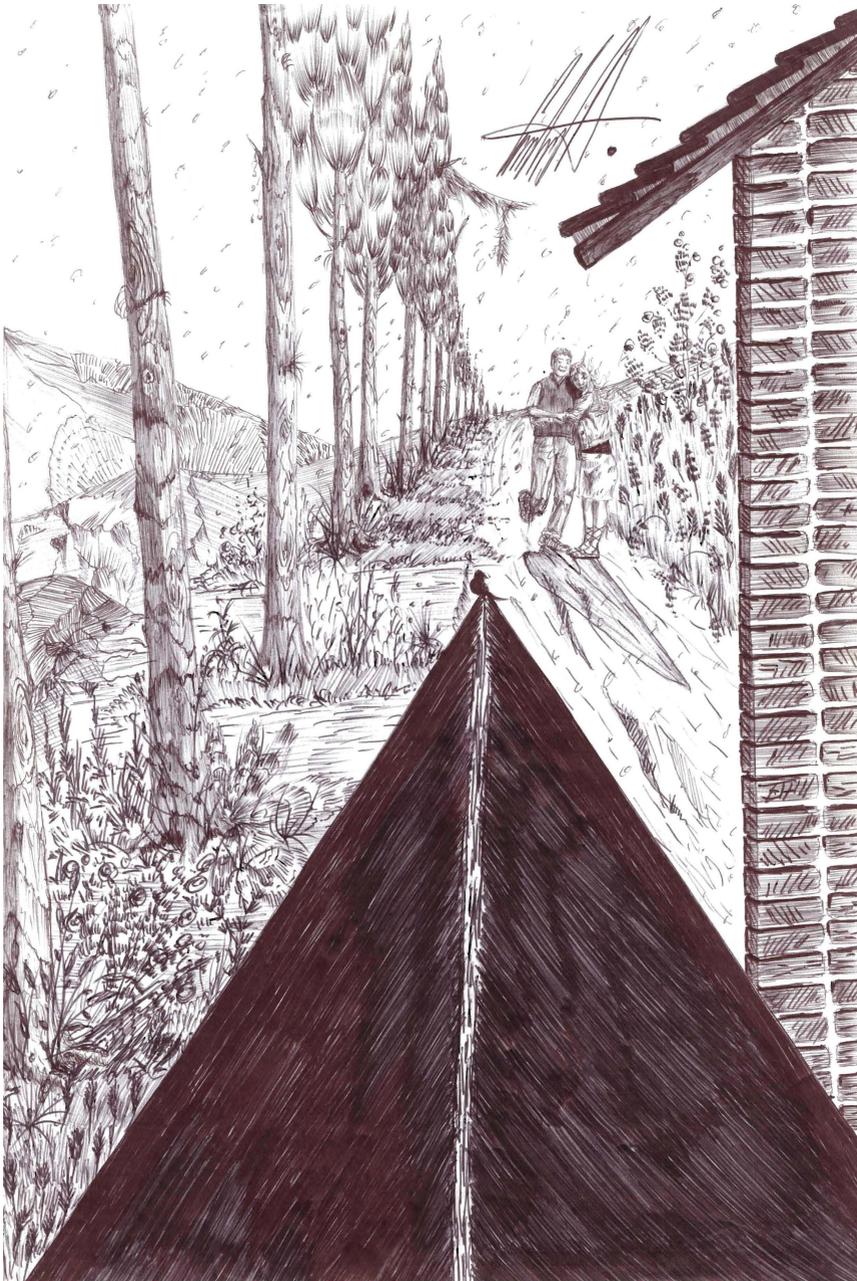
No nos veremos más, sólo te voy a decir que estoy muriendo, tengo cáncer de pulmón por culpa del cigarrillo. Solo recordá que tomaste buenas decisiones y te fue bien. Adiós, Santiago.

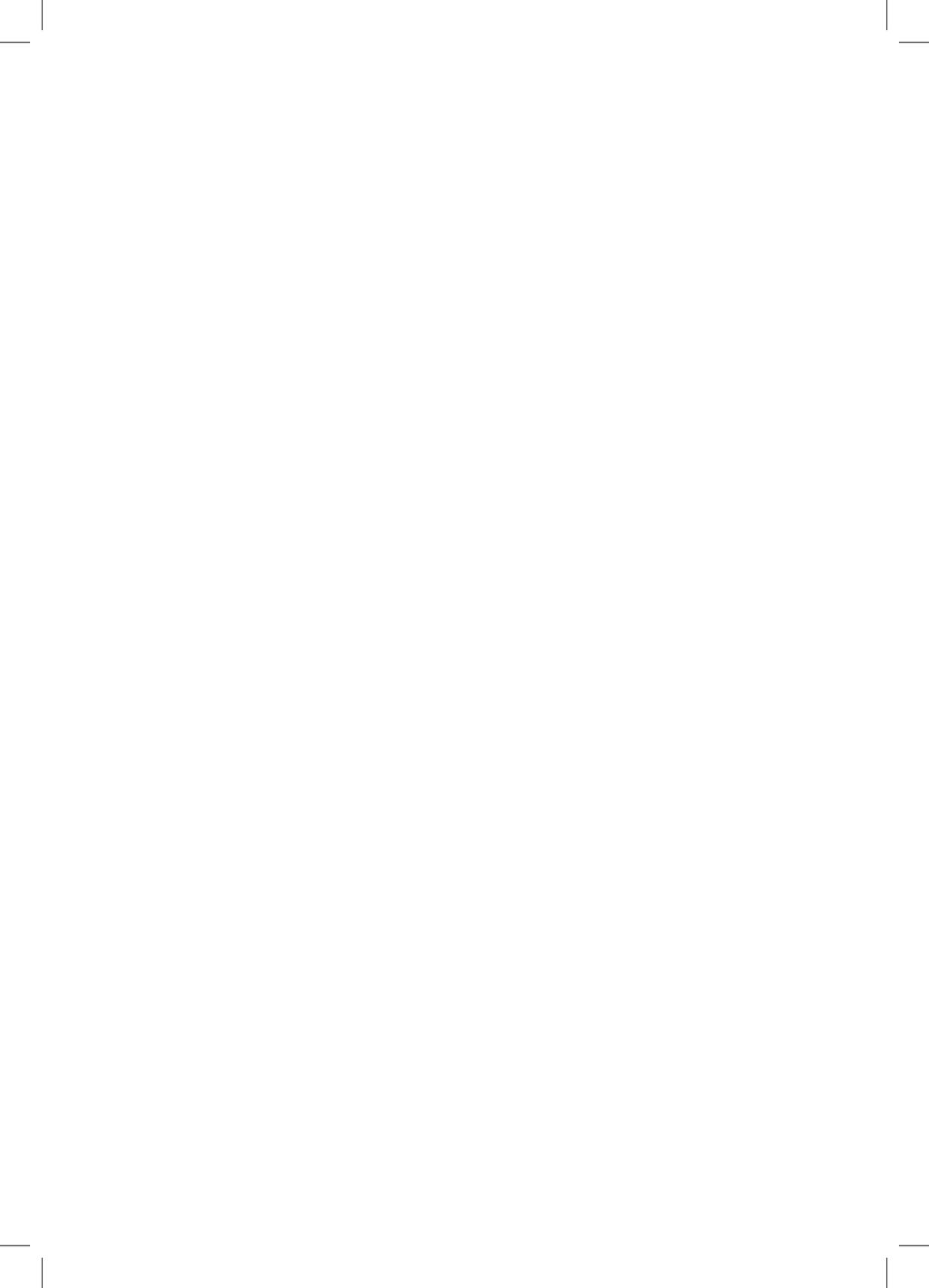
Finalizadas sus palabras escuché la puerta y mi mujer entró a casa, fue cuando dudé de lo que había pasado. Ella, desde la cocina gritó que me apure, que llegaría tarde a abrir el lavadero. Cuando para mí, hacía cinco horas que estaba dialogando con mi imagen en el espejo.

Por miedo a que me tomen por loco, jamás conté nada a nadie.

Al año siguiente, mi amigo se abrió de la sociedad y el negocio repuntó, tal como mi reflejo me predijo. Supe que todo fue real lo que aconteció esa mañana, ese era yo. Hoy, a mis treinta y cinco años, espero ver felices a mis hijas y solo escribo sin preocupación de que me juzguen de loco.







NORTHERN INN

Experimentación basada en Ulrica

Francisco Bus Soto

Me encontraba ahí en ese lugar, Northern Inn, del otro lado de la muralla, esperando poder ver otra vez su ondulada espalda en ese vestido negro, inusual en esas tierras. Una noruega de piel aterciopelada, ligera y alta, de rasgos afilados mirándome muy fijamente con sus deslumbrantes ojos grises, caricias que mi piel jamás volvió a sentir. Naufragué en un mar de sensaciones durante muchos años, tratando de apagar el fuego que en mí dejó; estaba ahí, otra vez, en esos campos desolados de Thorgate, río abajo, rumbo a Edimburgo, cubierto de nieve joven, tratando de que nuestros caminos se volvieran a cruzar. Las piernas me temblaban y no era el frío ni la edad, sino la incertidumbre de poder volverla a encontrar ahí; el empapelado rojo estaba igual, el mismo techo a dos aguas, el piso alto que vivió la fusión de nuestros cuerpos estaba intacto a pesar del tiempo, la bruñida caoba me recordó su dulce voz citando mi nombre en ese inglés nítido y preciso, acentuando levemente la erre, arriba de la escalinata; testigo principal de nuestra pasión, después de haber brotado de mí hasta el más mínimo recuerdo de ella en ese lugar, retomé ese viejo camino que recorrimos con mucho entusiasmo, olvidándome por completo el cáncer terminal que llevaba después de muchos años de tabaco. Diecisiete otoños pasaron de aquel encuentro y el día había agotado sus horas tenues e interminables, las esperanzas de volverla a ver se desvanecían abruptamente. Brynhild, “¿en verdad, ese pájaro anunció tu

muerte aquella tarde que ibas a Londres?”, me sentía el rey soñado en esa pocilga donde me dejaste dormido aquella vez en Northern Inn. El frío se hacía notar en los huesos y, como ya les dije antes, la edad y el tabaco me cobraban lo vivido, así que decidí volver totalmente desauseado. La noche helada se hacía sentir, y mis fuerzas se habían agotado, me encontraba sólo ahí, dejándome cubrir por suave nieve en los páramos a mitad de camino, sin poder mover un sólo músculo; observé una silueta borrosa y me dormí. Al despertarme, en el hospital de Oxford Street, de milagro pude abrir los ojos, le pregunté al doctor cómo había terminado en este lugar, simplemente me respondió: *“lo trajo una joven, si por ella no fuera, usted no estaría preguntándome cómo llegó, su nombre era BRYNHILD SIGURD”*.





EL DÍA CON SUS MOMENTOS

Experimentación basada en La casa de Asterión

Matías Romero

Melíades era una criatura que odiaba vivir en el tiempo, para él, el Tiempo era un dios que de alguna manera se adueñó de todo lo tangible, es decir, de todo lo que se ve y se puede tocar. Este inaudito dios del mal, procura estar y ser parte de todo a su alrededor y de cada acto cometido por el ser humano.

Convertido en un antropófago que habitaba un inmundo terreno plasmado con diversas cuevas oscuras, tenebrosas, profundas cerradas por completo a la Luz de la Humanidad. Y allí, en sus soledades, vivía tratando de apartar o, de alguna manera, dejar el tiempo fuera. Para él, ése era su universo, donde no existía la hora, el día ni la noche, todo se remitía a su existencia, no había espacio, estación o lapso, período ni turno alguno.

Melíades procuraba o pretendía ser el dios de su propio mundo, un lugar donde las reglas las imponía él y nadie más que él, y no al revés. Los nueve de abril de cada año, transitaba los largos pasillos de su territorio, buscando saciar su apetito. Sólo se alimentaba de carne cruda y líquidos rojos, ambos, en lo posible tiernos y solo hallado en los humanos que, sin esperarlo, caían en sus trampas conformadas de varias artimañas, engaños, astucias, picardías y tretas imaginadas con gran habilidad. A través de graciosas artesanías hechas con huesos humanos, atraía a aquellos que serían su próxima cena.

Corrían los últimos días de verano de mil novecientos ochenta y siete, cuando un campesino que rondaba las afueras del lugar, tropezó con una roca y su frente impactó con el tronco de un árbol. Luego de varios días despertó recostado en una larga mesa de mármol, amarrado de manos y pies. En ese instante no comprendía lo que sucedía, giró su cabeza y visualizó diversas y distintas cuchillas, navajas, guillotinas, hojas y bisturís, de alto filo.

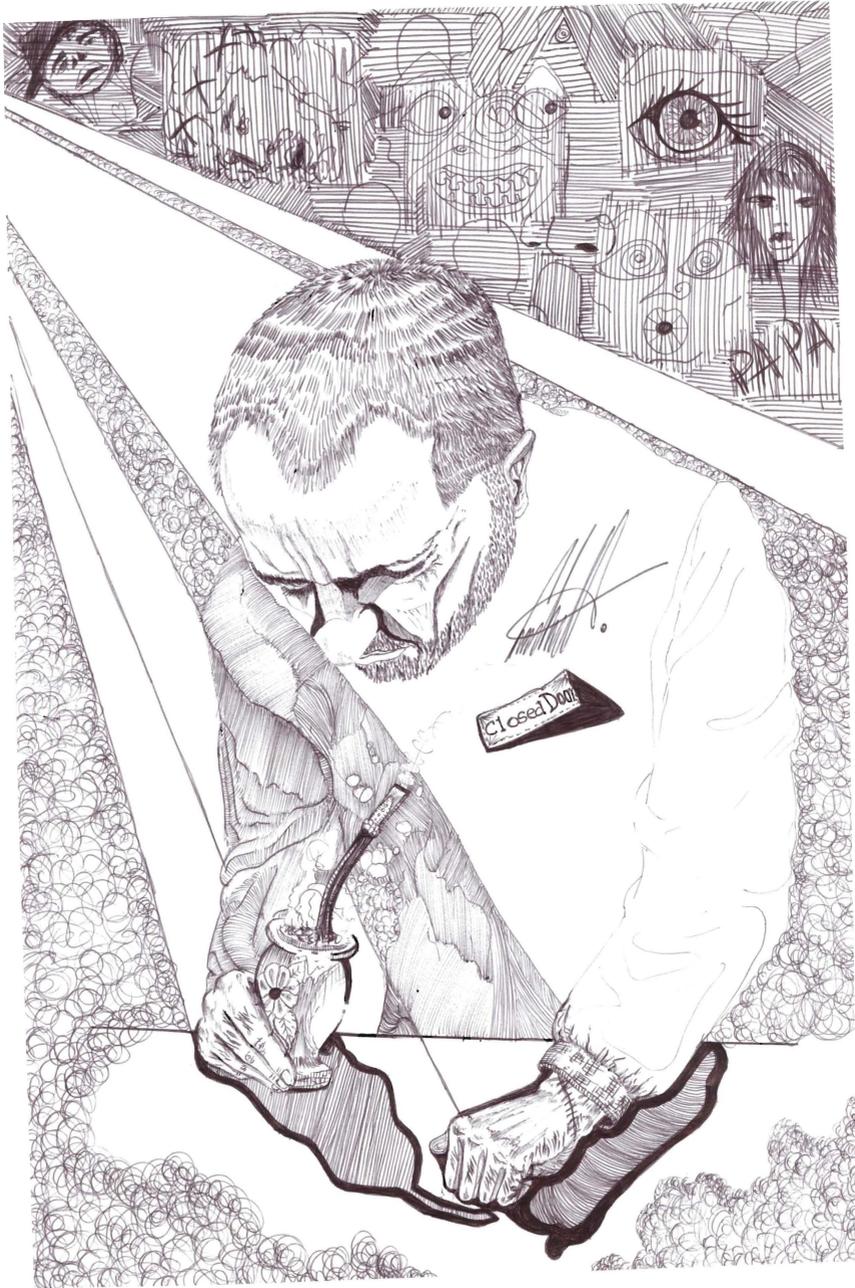
Al escuchar pasos sigilosos de alguien que se aproximaba como si el tiempo no le importase, inclinó su cabeza como pudo y logró ver la figura de un ser sin horas... sin tiempo, vertiginoso en sus instantes, sin duda, anormal, pensó el desdichado.

El miedo inundó su alma y atormentado por lo que percibían sus ojos, los temblores ganaron su cuerpo. En su mente se cruzaron miles de imágenes, especialmente de cuando era solo un muchacho y tropezó con esas cuevas donde el tiempo no transcurre, lo que lo espantó de sobremanera y alejó de ellas para lo que creyó fue para siempre.

Aparecieron en su memoria sus hijos y su mujer y sus varios buenos actos, los que no hubiesen existido si se decidía por quedarse a vivir en la oscuridad de las cavernas, pero también sus tropiezos; intentó balancear lo bueno y lo malo de su historia. Y comprendió que un destino aún confuso planeó este encuentro con Meliades, el amo de la Inmortalidad. Ahora se hallaba maniatado a ese calvario de mármol y presintió lo peor. En esas cavilaciones se encontraba, cuando la tierra tembló con oportunidad, y la bóveda de la inmensa cámara formó una grieta en lo más alto, dejando ingresar el haz de la luz que marca el día, el día con sus horas, el día con sus momentos, el día con su tiempo, cegando a Meliades por completo, ahogándolo con el cáliz de la finitud de los segundos. Todo esto, bajo la atónita mirada de aquel mortal que, en cierta oportunidad, supo huir a tiempo de una vida sin tiempo, escapando del suplicio de ver envejecer a las generaciones -tal como eligió aquel personaje que habitó esa cueva donde los relojes no

marcan la hora-, puesto que la luz del sol, omnipotente, penetró en ella, volviéndola inhabitable para cualquiera que osase querer vivir en la Inmortalidad, así que Melíades tuvo que hallar otro sótano que habitar, otro deseo que ciertos hombres nunca alcanzarán en el devenir de sus historias, aunque parezcan eternas.







CLOSED DOOR

Experimentación basada en poema 1929

Iván Escalante

Antes veía más temprano la luz del sol. Hoy, el muro que rodea el perímetro apenas hace que se la deje ver. En la vaga sombra me hallo tomando unos amargos, ya poco recuerdo de por qué estoy aquí, o, al menos eso creo. Sólo busco llenar el tiempo, aunque no sé cuánto ni cuántos días vacíos de esta forma de vida me quedarán, y los dolores de mi hernia, aumentan cada día.

Mi esposa, cansada de mis problemas con la gente, y con esta última gota que rebalsó el vaso, se alejó de mi vida. Y ella era la única mujer que había. Ya nada me queda, siento que todo lo he perdido, solo recuerdos deambulan en mi mente. Y los de blanco que traen esas jeringas que me cansan el cuerpo y me hacen dormir. Ya no tengo amigos, sólo locos a mi alrededor. Se acerca la hora del recreo, y sin haberme afeitado, no me dejarán salir; lo hago con inútil delicadeza. Llegó el momento para apreciar el dulce hálito del aire y el caliginoso sol.

Fumando un tabaco bajo el lujoso cielo despejado, pienso si hice bien al haber hecho todo lo posible para que me declarasen un enfermo ante la justicia. Mi temor de ir a una cárcel era enorme; tuve varios amigos en ese lugar y me han comentado el sufrir de su ser. En un charco de agua logro ver mi rostro y esa serenidad que algún día fue mía. Pude notar que envejecemos más que nuestra cara; veo mi bigote, ya blanco y noto mi boca algo hundida, y siento cómo, de

apoco, se me va acabando la vida.

Unos locos se me acercan por mi tabaco, los ignoro, pero siguen molestando, los esquivo dando vueltas en el patio; en ese momento, un señor gordo que llevaba un delantal, me llama y me pide que por favor lo siga, noticias: cambio de sector. Era el director del centro, me trasladan a una división donde todos los alojados ahí son gente que, al igual que yo, cayeron por algún delito aberrante y fueron declarados insanos. Lo tomo con aprobación. Siento que es algo bueno o, al menos, eso creo. Pienso que no estarán tan locos. Al llegar, después de transitar unos pasajes de hierro, a dos o tres metros de mi cama, logro reconocer un rostro: un viejo amigo. Camino a querer abrazarlo, tropiezo y unos hombres se burlan, no les doy importancia. “Mira nada más cómo el tiempo nos ha cambiado”. Hablábamos, y emanan recuerdos de nuestra juventud, me sentí cómodo al tener alguien con quién poder charlar en ese lugar donde nadie te conoce. Sentado en mis aposentos, pienso sin arrepentirme de lo ocurrido esa tarde, de la cual, una cicatriz en la muñeca llevo. Ese hombre, ahora sólo es parte de un ayer del tiempo. Con mis cincuenta y cuatro años de edad, encerrado en este loquero, siento que viví mucho, pero a la vez poco, y reconozco que quieren volverme loco, o habré logrado mi objetivo. Aumentan la dosis, ¿será para tenernos calmados?, no lo sé, y después de todo lo que he vivido siento miedo de morir...





MÁS ALLÁ DEL INFIERNO

Experimentación de un autor muy caradura sobre cuento Un teólogo en la muerte

Adrián Gómez Favre

En la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, vivió Alberto Sarlo. Fue descubriendo su talento en la literatura, escribió varias novelas, tituladas, Pura vida, El ojo blindado, Héroe del whisky y Cómo quedarse a veinte metros del Aconcagua; por haber tenido éxito en ellas comenzaba a escribir su última novela, que iba a llamarla: Más allá del infierno. Trabajo en sus escrituras días, meses y años. Una noche como tantas, escribiendo desvelado y entusiasmado en su biblioteca, el sueño lo venció, oportunidad que la muerte aprovechó para cumplir con su deber de arrebatarle la vida y transportar su aura al infierno sin importarle que la monumental obra estuviese inconclusa.

Un teólogo de la muerte fue informado por demonios, que el espíritu de Alberto Sarlo fue llevado por ellos a un universo vacío y oscuro, en lo más profundo de los abismos profundos.

Allí fue recibido por un individuo enorme y tenebroso, con cuernos, cola larga y con iel al rojo vivo. Le concedió un estudio bibliotecario como el que tenía en vida cuando creaba sus obras literarias. Con ese ofrecimiento le pidió que escribiese, dando clases a toda criatura infernal. Los utensilios de aquella biblioteca eran un escritorio, un sillón, lapiceros, papel y estantes de libros, donde pasaría horas escribiendo y además, claro está, enseñando. Cuando Sarlo abrió sus

ojos en ese lugar, lo hizo en la misma postura que estuvo el último día antes de morir. Retomó sus trabajos de escritura, tratando de entender que ya no estaba en vida, ni lo estaría nunca jamás.

Los demonios le pidieron que escribiera sobre la *negación e inexistencia de Dios*. Él no quiso escribir. Al no poder pensar una prueba para justificar lo ordenado, dijo: “*Dios no es todopoderoso. Sólo está en uno mismo creer o no en él*”. Cuando el Diablo escuchó esas palabras, enfurecido, hizo que los utensilios de ese estudio empezaran a desaparecer, quedando él sentado en un rincón, junto al lapicero y un papel en blanco; viendo las paredes llenarse de polvo. La marquesina y el suelo se volvieron de color negro, y en el aire reinaba una niebla densa y gris que delataba la ausencia de almas. Lo llevaron cautivo a una morada muy calurosa. A pasos de ese lugar, lindaban unas compuertas que, al abrirse, dejaban escuchar los quejidos de dolor y lamentación de espíritus ya consumidos.

Al trascurrir los días, su coraje empezó a dudar y escribió apuntando en un papel: “*La inexistencia de Dios, todavía no la he comprobado, por su real poderío y sus diez mandamientos*”, y dijo: “*mi alma está condenada al Infierno, por haber estado escribiendo sobre este calvario, sin haber sabido que hoy soy parte de éste*”. Con esa intención, le permitieron volver. Después de ese encierro, y ya estando en la biblioteca obsequiada, con su ropa sucia y desordenada, su pelo opacado por la tierra y su semblante que reflejaba palidez; fue obligado por el Diablo a escribir lo nombrado. Al aceptar lo pedido, quedando sólo y luego de una hora, Satanás volvió para leer los papiros; Él, sin poder complacerlo, sólo hizo una cruz de cartón de su estatura y una lámina que decía: “*Dios Todopoderoso, Rey de Reyes, venga en mí tu ayuda. Ya que no he podido ser parte de tu cielo, sólo te pido y te ruego no ser parte de este Infierno*”.

La pobre alma fue escuchada por el Todopoderoso. Satanás debía acatar la orden. Rabioso, advirtió a los demonios que lo acompañasen, dirigiéndolo a las últimas compuertas infernales. Sarlo fue arrastrado hasta allí llevando una cruz en una mano y sus papiros en la otra. A

pasos de salir, dejó en el suelo la cruz que llevaba consigo. Traspasando las puertas del Hades y mirando el infinito se encontró con el comienzo de un océano de fuego inconmensurable, lleno de lodos calcinadores y olas de llamas ardientes.

Caminó resignado hacia las orillas de ese océano. Lentamente dirigió sus pasos a la inmensidad líquida. Alberto Sarlo y sus escritos se fundieron en un mismo espíritu mientras se hundían en las aguas púrpuras. Ahogó su alma que dejó de existir en el ámbito de la vida después de la muerte. Siendo un escritor, decidió integrarse de esa manera a los días del ayer y perpetuarse en un recuerdo del hoy.







SIN REDENCIÓN

Experimentación basada en El inmortal

Marcos Utchurburu

En el año setecientos de nuestro Señor, tenía como misión entregar en manos de el mismísimo Papa, Urbano II, una recopilación de papiros que fui recolectando a lo largo de mi investigación, por nada del mundo podían caer en las manos equivocadas. En aquellos rollos se encontraba toda la información que revelaba la verdadera esencia de la Santa Trinidad, y muchos secretos que dejarían al descubierto la verdad sobre Jesucristo y su paso por la tierra.

Antes de hacerlo, pasé por la casa de un colega que estuvo a mi lado todo el tiempo que duró la expedición en busca de la supuesta verdad, en su hogar tenía guardado un tesoro importante, con el fin de utilizarlo para financiar un viaje personal en busca de una ciudad, que, según dicen, en ella son perdonadas todas las atrocidades que son cometidas en vida, inclusive, las que se llevaron acabo en el nombre de Dios. Mi trabajo comenzó en la inmensa Canaán, amparado por un jeque beduino llamado Eloy Yaman Saptié, gracias a él tuve el privilegio de conocer a un anciano de la descendencia del rey Salomón, a su lado pude profundizar el poco conocimiento que tenía sobre las doce tribus escogidas por Dios para gobernar en el ancho y vasto desierto, desde el Mar Rojo hasta el río Jordán, las márgenes del Nilo y más allá de las tierras de los cananeos, jebuseos y los mahobitas.

Luego de entregar personalmente los papiros, me dirigí a mis aposentos fuera de palacio, en una villa que, muy generosamente,

me fue entregada como remuneración por mi desempeño. El gran Tiberio II, por aquel entonces, regía sobre la tierra que abarcaba desde Jerusalén hasta la antigua Babilonia.

Teófilo, comandaba las legiones romanas. Por aquel entonces se le había encomendado neutralizar a los subversivos de la región, para así, darle vía libre a la Iglesia, y se cumpliera la orden de Urbano de evangelizar a las tribus de la zona, ésto debería cumplirse a cualquier precio. Tarea difícil, ya que el Islam, de la mano de Saladino, exigía su derecho sobre Tierra Santa.

Para lograrlo, se contó con la ayuda de Tancredo, un guerrero normando de ascendencia vikinga; a sangre y espada tomaron Jerusalén, luego de participar de aquella masacre, se acrecentó en mí la necesidad de ser redimido. A fin de poder cumplir con el viaje que me propuse, tuve que enlistarme en las filas de los Caballeros Templarios, unos cruzados que respondían a la orden del rey Talarico, quien, en una batalla épica, había vencido a Saladino. En lo personal, mi enlistamiento en aquella orden, fue porque me resultaba favorable para mis propósitos. El frío acero de la espada y una epidemia de lepra, consumieron la vida de muchos. Las tierras que ocupaban los rebeldes fueron dedicadas a Dios. Tanta muerte me desesperaba. Era menester en mí, encontrar el lugar donde sería exento de mis males, dicen que allí también el tiempo se detiene y lo lógico deja de serlo. Muchas fueron las noches de desvelo, mi corazón y mente, mantenían una incesante discusión sobre la credibilidad de todo aquello.

Partimos junto a mis criados y un grupo de mercenarios, que un viejo amigo mandó desde Grecia a pedido mío, también me acompañaban algunos de los caballeros que llevaban consigo el peso de su conciencia. El sol comenzaba a despuntar el alba. A pocos kilómetros de haber partido, un guerrero originario del norte de África cayó a mis pies, quedando debajo de su caballo; como pudimos lo liberamos del peso del animal muerto.

Con voz débil me preguntó si acaso conocía el pozo de Abra-

ham, donde el agua tenía el poder de sanar, le pedí perdón por no poder ayudarlo. En su idioma natal, me dijo: *“mi hogar está situado cerca de donde una raza de hombres, solían vivir en la copas de los árboles. En realidad, si humanos o animales, no lo puedo asegurar, sólo sé que pocos son los que se atreven pasar por allí. Yendo hacia el norte -me aclaró- hay una ciudad donde el tiempo parece detenerse, y la razón deja de serla”*; entonces, comprendí qué era lo que yo buscaba, pero no pude sacarle más información, luego de una leve agonía murió.

En una oportunidad encontrábame yo en Creta, y tuve el privilegio de entablar una charla interesante con un viejo erudito, me dijo que para redimir mis males sólo bastaba con ofrendar a los dioses, que no es conveniente detener el tiempo, con eso sólo se lograría dilatar la agónica concepción de mis recuerdos y multiplicar el dolor que ellos provocaban por muchas vidas más. Debo confesar que empecé a dudar entonces de mi viaje, pero no fue el argumento tan contundente, así que seguí adelante con los preparativos. Desde Atenas llegaron varios guías, que tuve la precaución de contratar en mi paso por ella. Según ellos conocían muy bien el trayecto a la ciudad, igual, jamás supe si era cierto, pues fueron de los primeros en desertar. Los recuerdos de la excursión son truncados en mi memoria, la fidelidad de los mismos podrían ponerse en tela de juicio.

Si no falla mi mente, partimos desde las ruinas de un antiguo castillo que supo ser el refugio de la mano derecha del príncipe musulmán; atravesamos el Mar Rojo y la vasta región de los faraones, donde practican sexo con animales y se alimentan de lobos del desierto. Surcamos el ancho Magreb, plagado de belicosos tuaregs y ancestrales tribus beduinas, consumidoras de escorpiones y pésimos en el diálogo. En un viaje que hice a Fenicia, descubrí que son concurrentes en las orgías, y antes de los montes Atlas, en el reino de Marruecos, existe una tribu que dice hablar el idioma de Dios.

Como dije, unirme a los Templarios, fue por estrategia, más que por religión. Después de errar muchas lunas, nos topamos

con mirmidones, guerreros que descendían de aquellos valientes que habían luchado bajo el mando del glorioso Aquiles. ¿Qué hacían tan lejos de sus tierras?, lo ignoro, sólo sé que fue inevitable el enfrentamiento; en esa oportunidad, ganamos, más por superarlos en número que por estrategia. Más allá del páramo, nos enfrentemos a unos gentiles adoradores de divinidades paganas, desgraciadamente contaban con el respaldo de unos soldados que los custodiaban, feroces en la batalla. Si bien es verdad que prevalecimos, ésto costó la vida de muchos de mis hombres. Esa misma noche, los sobrevivientes planearon sublevarse, la noticia me la trajo un esclavo fiel; así que, junto a unos soldados incondicionales, partimos en cuanto tuvimos la oportunidad y pude evitar mi crucifixión.

Con tan sólo unos pocos hombres como compañía y un suculento tesoro, continué mi búsqueda. En plena travesía por el desierto perdí a la mayoría de mis acompañantes entre tormentas de arena y vastas noches. Fui herido casi de muerte por una flecha. En busca de agua erré por varios días, o quizá, fue uno sólo multiplicado por el sol y la sed. Dejé que mi caballo marcara el camino.

Al amanecer, vi que a lo lejos se erguían majestuosas pirámides. Totalmente agotado me rendí ante el sueño, una pesadilla se apoderó de mí, parecía ser la ciudad que buscaba. En medio de ella, una hermosa fuente. Arrastrándome llegué hasta ella y cuando por fin casi podía tocar el néctar que manaba, un hombre deforme por completo, me volvía a llevar al punto de partida, alejándome de la codiciada agua. Al despertar, me encontraba maniatado por completo a los pies de unas montañas, en una pequeña caverna. Desde donde estaba se podía divisar que corría un magnífico arroyo, y como símbolo de su pureza, su agua cristalina. A uno de sus lados se levantaba exuberante una hermosa ciudad, al mirarla daba la impresión que estaba allí desde el principio de los tiempos, eterna, con figuras talladas en sus muros. Obra majestuosas de manos virtuosas en el arte, privilegiadas, que supieron volcar en aquellas esculturas la concepción de lo divino.

No podía ser otra que la ciudad redentora, mi herida dolía profundamente. Cuevas similares a la mía inundaban el panorama, de ellas salían hombres pulcramente vestidos, inmaculados, ignoro su edad, pero daban la sensación de ser eternos, y a pesar de eso el tiempo no desgastaba su belleza y pulcritud. La sed era demasiada; en un arranque de desesperación, me las ingenié para rodar hacia la orilla del arroyo, bebí como si fuera un perro hasta saciarme; luego, con una roca filosa me deshice de mis ligaduras.

Sin noción del tiempo me decidí a investigar cada uno de los rincones: primero de la ciudad, luego del exuberante palacio, una mole de cemento con incrustaciones de piedras preciosas: jaspe, cuarzo, mármol, etc. En la puerta de entrada, a cada lado, se encontraban el Urim y el Turim, legendarias piedras, a las que los antiguos consultaban para tomar decisiones importantes. Me adentré en él, estupefacto por la belleza de aquel lugar, dejé que mis pies me guiaran por la sucesión de cámaras que convergían dentro, cada una desembocaba en otra y así sucesivamente. Me vi inmerso en un laberinto sin salida, la concepción del tiempo ya no existía. Si una hora, diez o mil, no lo sé. Cuando por fin pude sortear esos pasillos, fui a parar a una cámara exigua, imperceptible, diría yo ante tanta belleza, era la antesala de un salón sublime, sobrehumano, totalmente cubierto de oro. Atrajo mi atención una escultura labrada, hermosa por donde se la mirara, en ella un Arcángel con su espada desenvainada, y a su espalda, un frondoso árbol donde colgaban frutas diversas, pero una de ellas sobresalía en esplendor: una manzana dorada, resplandeciente como el sol, y al pie de la obra de arte se leía: “*un bocado será la perdición del hombre, digerirla, la condenación de toda la raza*”. La arquitectura de aquel lugar carecía de sentido para la mente humana, entonces recordé las palabras que me dijo un teólogo: “*Lo sensato del Supremo es locura para el hombre*”.

Era aquella ciudad terriblemente bella, algo totalmente alejado de la lógica, de tan pulcra parecía carente de sentido, y contradictoriamente llena de sabiduría. Al salir de palacio me salió al cruce un hombre que, al juzgar por su apariencia, tenía talla de noble, excéntrico en

sus vestiduras y carismático en la empresa del habla.

¿Qué lo trajo a este lugar?

Busco redimirme

Como si eso se pudiera lograr

¿Acaso no?

¿De qué quiere redimirse, no fueron nuestros atropellos los que ayudaron a construir un imperio que hoy domina el mundo que conocemos?

Mi conciencia me atormenta.

¿Y a quién no? Acá va a tener tiempo de sobra, ¿mil vidas no le alcanzan para reconciliarse con ella?, ¿pero redención?, no lo creo, acaso, quizás... y solo quizás, la muerte podrá lograrlo.

Desde ese momento lo entendí, me condené a una eternidad, donde cada nuevo amanecer traería consigo el punzante aguijón del recuerdo, una y otra vez, una sucesión agónica, recordaría a este desventurado ser las atrocidades que lo llevaron a ese lugar.

No sé si en el cuerpo o en el alma, no lo sé, pero ahí estaba, en las puertas del Edén, donde me crucé con un tal Lucifer, nos miramos y, sin mediar palabras, nos fuimos.

Contenido

ENNEGRECER A BORGES	4
NUESTRO EQUIPO FURTIVO, CONTRABANDISTA Y PANGLOSSIANO	13
CUANDO ESTAMOS EN EL ALMA, SOLO A VECES, PERDEMOS LA MEMORIA <i>Carlos Mena</i>	25
ISERN <i>Marcelo Occhipinti</i>	35
LA GUERRA DE LA TRADUCCIÓN <i>Javier Utchururu</i>	41
EL VIAJE A COLERIDGE <i>Nicolás Almeida</i>	49
SUEÑO PROFUNDO <i>Jonatan Maldonado</i>	55
MI REFLEJO <i>Santiago Fernández</i>	59
NORTHERN INN <i>Francisco Bus Soto</i>	65
EL DÍA CON SUS MOMENTOS <i>Matías Romero</i>	69
CLOSED DOOR <i>Iván Escalante</i>	75
MÁS ALLÁ DEL INFIERNO <i>Adrián Gómez Favre</i>	79
SIN REDENCIÓN <i>Marcos Utchururu</i>	85